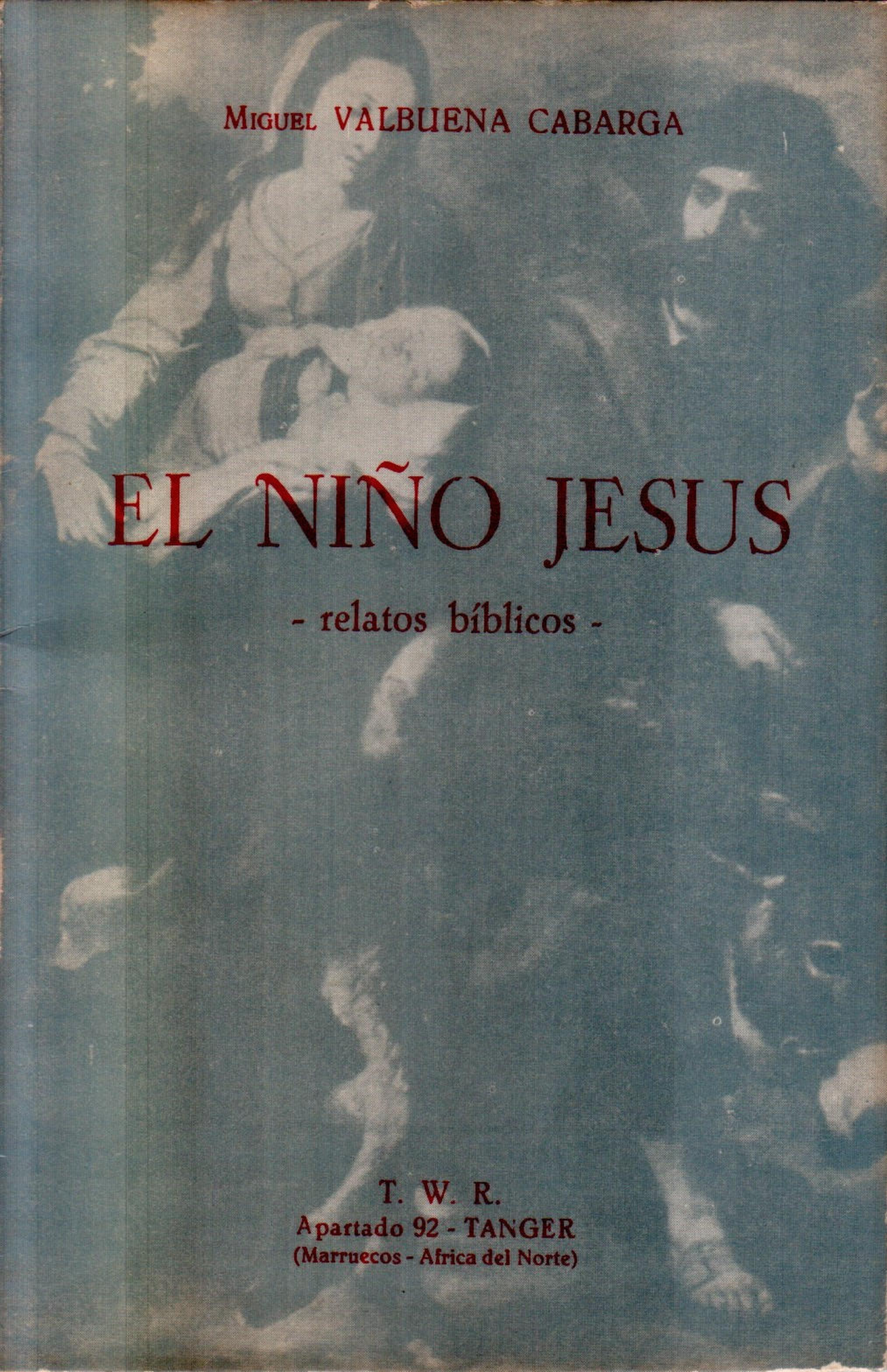

MIGUEL VALBUENA CABARGA

EL NIÑO JESUS

- relatos bíblicos -

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte)

MIGUEL VALBUENA CABARGA

EL NIÑO JESUS

- relatos bíblicos -

T. W. R.
Apartado 92 - TANGER
(Marruecos - Africa del Norte

Dedicado con cariño a
todos mis sobrinitos.

El Autor

INDICE

Págs.

I. Anunciación del Bautista 7

II. Nacimiento de Juan Bautista 17

III. Anunciación de Jesús 27

IV. La Visitación 37

V. Viaje a Belén 47

VI. Nacimiento de Jesús 57

VII. Presentación en el Templo 67

VIII. Adoración de los Magos 77

IX. Huída a Egipto 87

X. Infancia de Jesús 97

XI. Jesús en el Templo 107

I

ANUNCIACION DEL BAUTISTA

Era impresionante el silencio que reinaba aquella tarde en el hogar de tita María. Ante tanta quietud, alguien hubiera supuesto que la casa estaba deshabitada. Sin embargo, la realidad era muy otra. La ausencia de ruidos era debida a que Miguelito y Evita estaban descansando cada uno en su habitación, con la esperanza de que poco más tarde su tía les llevaría a visitar la feria.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando los niños oyeron la voz de tita María quien les llamaba para que se preparasen.

En un abrir y cerrar de ojos los dos hermanitos estuvieron prestos para salir.

Durante el camino, Evita no pudo reprimir por más tiempo su curiosidad, y dijo:

—Tita, ¿nos dejarás subir a los tíovivos, o a esos coches que chocan?

—No lo sé, querida — respondió la tía. Los precios de todas esas atracciones están ahora por las nubes, y me temo que os tengáis que contentar solamente viendo a los demás.

—A mí, tita, eso de los tíovivos no me gusta, porque es de niñas chicas — dijo Miguelito.

—Ya salió el viejo — replicó Evita. Cualquiera diría que ya tienes bigote y barba.

—Peor eres tú, que tienes cosas de niña tonta — contestó Miguelito un poco molesto.

—Como continuéis así, me parece que en vez de feria habrá otra cosa — dijo la tía.

Los niños comprendieron que llevaban las de perder, y no volvieron a abrir su boca hasta que llegaron cerca de las instalaciones de la feria.

Ante tantas y tan diversas atracciones; tanta luz y tanto ruido, Evita, no pudo sino exclamar:

—¡Qué bonito!

Tita María recomendó a sus sobrinitos que no se alejasen de ella, y tomando de la mano a Evita, empezaron a recorrer el recinto de la feria, que estaba muy concurrido.

Los niños iban de sorpresa en sorpresa. Poco acostumbrados a tanta algarabía, no sabían adonde mirar ni qué oír. Claro está, que lo más difícil era oír algo, pues de cada una de las casetas y atracciones salían unos estridentes ruidos que de todo tenían menos de música.

La buena tía, en medio de tanto jolgorio, estaba casi arrepentida de haber llevado los niños a la feria. Este sentimiento se hizo más vivo, cuando sus sobrinitos empezaron a pedirle que les dejase subir a la noria gigante, a las montañas rusas, a los tíovivos, a los coches que chocan, y a otras muchas atracciones que hallaban en su camino.

Naturalmente, la tía no les hizo el menor caso, y menos aún, cuando vio los precios de las distintas atracciones. Con no poca dificultad, pudo llevarse a sus sobrinitos hacia un lugar más tranquilo de la feria. Allí, vio algo que podía ser una solución para dar gusto a aquellos dos pedigüeños. Se trataba de una enorme caseta sobre la que campeaba un cartelón en el que estaba escrito: CASA ENCANTADA.

—Niños — dijo tita María —, ¿no os gustaría visitar la Casa Encantada?

—Sí, tía, sí — contestó con alegría Miguelito.

La niña no sabía qué contestar. Se veía a la legua que Evita estaba sosteniendo una íntima y ruda lucha. Su curiosidad la impulsaba a visitar aquel misterioso lugar, pero su innato temor le aconsejaba que no entrase. La pobrecita recordaba haber leído de castillos encantados y princesas encantadas. ¿Quién le aseguraba que ella no saldría también encantada de aquella misteriosa caseta?

Miguelito, viendo que por culpa de su hermanita iba a perderse la única ocasión de visitar algo de la feria, le dijo:

—Vamos, Evita, decídete ya.

La niña todavía dudaba, cuando se le ocurrió una idea que resolvería definitivamente la cuestión. Adoptando una actitud resuelta, y procurando que no se descubrieran sus temores, contestó:

—Claro que me gustaría visitar la Casa Encantada; ya podéis comprar las entradas para los tres.

—¡Cómo para los tres! — exclamó tita María. Yo no he hablado de tres, sino de dos. Comprenderéis que a mi edad no me hace ni pizca de gracia visitar ninguna Casa Encantada, pues, para "encantos" ya tengo bastante con vosotros dos.

—Da lo mismo, tita — dijo Miguelito. Yo, como soy mayor, ya me ocuparé de mi hermanita, y estoy seguro que nos divertiremos un rato.

Evita, no viendo salida, tuvo que resignarse a acompañar a su hermano. Ciertamente, hubiera preferido quedarse con su tía fuera, y luego oír el relato de Miguelito, pero escogió antes el pasar un poco de miedo en la Casa Encantada que oír las burlas de su hermano.

Una vez dentro de la Casa Encantada, los dos hermanitos se hallaron en un pasillo muy oscuro en el que sólo se veía un cartel donde estaba escrito en letras rojas: SI ALGUIEN PADECE DEL CORAZON, MAS VALE QUE SE RETIRE.

Evita, que iba agarrada fuertemente a la mano de su hermano, se acercó a él, y le dijo en voz queda:

—Miguelito, yo creo que padezco del corazón, porque siento que me hace muy fuerte: pum... pum... pum... Así que, más vale que me vaya.

El niño, que en aquella penumbra empezaba a no tenerlas todas consigo, contestó a su hermanita:

—De ninguna manera, tú no te vas. Recuerda que el portero nos dijo al entrar, que cuando se ponen los pies en esta casa, sólo hay un camino: se entra por delante y se sale por detrás. Tú, agárrate a mí y no tengas miedo.

Los dos hermanitos, con más miedo que otra cosa, empezaron a andar por aquel pasillo tan oscuro. Como no veían nada, es fácil comprender el susto que se llevaron al tropezar en una especie de trampa que había en el suelo. Aquel pequeño incidente no tuvo consecuencias, pero hizo que aún fueran más prudentes.

Ya casi al final del pasillo, en el lugar en que éste formaba un recodo, tuvieron un nuevo susto al pisar, sin querer, un resorte que encendió un potente proyector rojo que les deslumbró. Sin apenas poder ver nada a causa de aquella luz, los dos hermanitos continuaron andando por el pasillo hasta llegar a un pequeño salón donde vieron algo que les dejó casi sin aliento.

A lo largo de las paredes de aquel tétrico salón, habían toda clase de grotescos muñecos que, a causa de su tamaño y la penumbra del lugar, parecían seres reales. Allí estaban la bruja Pirulí; un enorme duende, con su correspondiente

sábana; un esqueleto de grandes proporciones; un monstruo espantoso, de esos que inventan los malos doctores; un pirata con su pata de palo, su ojo vendado y su largo puñal. Ni siquiera faltaba el encantador, un fakir que con sus enormes ojos verdes del tamaño de un huevo, parecía que iba a encantar a todos los demás.

Aquello era demasiado para los dos hermanitos. Sin decirse nada, pero estrechándose más fuertemente la mano, los dos resolvieron terminar la visita tan pronto como fuera posible. Así pues, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, atravesaron el salón, temiendo a cada momento que alguno de aquellos monstruos se les echara encima. Para evitarse más angustias, Evita cerró los ojos y se dejó guiar por su hermanito.

Por fin, llegaron a lo que parecía ser el último corredor de la Casa Encantada. En su apresuramiento por salir de allí, los dos niños empezaron a andar más aprisa. De pronto, y sin saber cómo — probablemente había un resorte en el suelo del corredor —, sintieron que se les echaban encima dos monstruos fofos y pegajosos. Evita no se atrevía ni a moverse, temiendo ser tragada de un momento a otro por aquellos espantosos seres. Miguelito, recobrándose del susto, y sacudiéndose de encima aquel monigote de caucho, dijo a su hermanita:

—Se acabó la Casa Encantada, Evita. Agárrate fuerte a mí que vamos a salir de aquí a toda velocidad.

Dicho y hecho. Los dos niños, sin reparar en las trampas del suelo, ni siquiera mirar a las paredes, echaron a correr con todas sus fuerzas no tardando en llegar a la puerta de salida. En un tris estuvieron de atropellar al empleado que guardaba aquel lugar.

La bondadosa tía, que les aguardaba allí, dio un suspiro de alivio cuando les vio aparecer.

—En fin, queridos — dijo la tía. Espero que ya estaréis satisfechos y que ahora podremos irnos tranquilos a casa.

—Sí, tita, sí — respondió Evita. Nos hemos divertido mucho y me parece que ya es hora de que volvamos.

Miguelito no dijo nada, mas, por las largas zancadas que daba, era fácil adivinar que también tenía prisa por llegar a casa, o... por alejarse de aquel lugar.

De vuelta al hogar, tita María, como de costumbre, les preparó la merienda. Estaba cierta que, después del largo paseo y de tantas emociones, sus sobrinitos tendrían un buen apetito. Cuando entró con la bandeja en el saloncito donde aguardaban los niños, se halló con la desagradable sorpresa de ver que éstos no le prestaban la menor atención, y lo que era aún peor, no deseaban merendar.

—Me está bien merecido — dijo la tía un tanto enfurruñada. Eso es para que otra vez se me ocurra llevaros a la feria, o a algún otro sitio.

—No te pongas así, tita — respondió Evita. Tú no tienes ninguna culpa. La culpa es nuestra por haber sido tan tercos y obligarte a que nos dejaras visitar la Casa Encantada.

—Pero, chiquilla, ¿qué tiene que ver la Casa Encantada con vuestro apetito? — replicó la tía.

Miguelito, que apenas se había recobrado de los sustos y había permanecido silencioso, decidió contárselo todo a su buena tía, para que ésta no sufriera más. Con un tono de voz en el que podía advertirse la sinceridad, dijo:

—Mira, tita, no te lo hemos querido decir antes, pero, la verdad es, que por nuestra terquedad hemos pasado un mal rato en aquella Casa Encantada. Después de los sustos que nos hemos llevado, ni siquiera sé cómo estamos aquí. Te prometemos que nunca más se nos ocurrirá visitar una feria.

—Ya decía yo que esas cosas no eran para vosotros, y menos aún para mí — dijo la tía. A ver si este tropiezo nos sirve de escarmiento. Y ahora, os voy a contar una historia bíblica para que olvidéis las cosas desagradables que habéis visto.

—¡Cuéntala, tita, cuéntala! — dijeron los dos niños al unísono.

—Hace casi dos mil años — empezó diciendo la tía —, vivía en las montañas de Judea, no lejos de Jerusalén, un anciano sacerdote llamado Zacarías. El y su esposa Isabel, eran muy piadosos y felices. La única sombra que empañaba la dicha de aquel matrimonio, era que el Señor no les había concedido hijos.

» Sucedió, que el anciano Zacarías fue escogido entre otros sacerdotes para ofrecer el incienso en el santuario del Señor que, como sabéis estaba en Jerusalén. Zacarías y su esposa, no sabían cómo agradecer al Señor tan grande honor, pues, no todos los sacerdotes tenían este privilegio y el que lo lograba, sólo era por una vez en toda su vida.

—Tita, yo no comprendo lo que dices — interrumpió Evita. Si existía un solo templo, ¿cómo habían tantos sacerdotes?

—La respuesta es sencilla, querida — prosiguió diciendo la tía — aunque para comprenderlo mejor es necesario remontar el curso de la historia del pueblo de Israel, y llegar hasta Arón, que fue uno de los descendientes del patriarca Leví.

—Ya recuerdo, tita — dijo Miguelito. Dios escogió a Arón y sus hijos para que fueran sacerdotes y sirvieran a Dios, primeramente en el tabernáculo y más tarde en el templo de Jerusalén.

—Estás en lo cierto, Miguelito — contestó la tía —, y esa es la razón de que hubieran tantos sacerdotes en los días

de Jesucristo, pues los descendientes de Arón se multiplicaron en el transcurso de los siglos. Pero, dejadme continuar la historia.

Sería difícil describir la emoción del anciano Zacarías cuando, por primera vez en su vida, descorrió la espesa cortina que cerraba el paso del santuario y entró en aquel lugar santo donde sólo los sacerdotes podían penetrar. Lo primero que le impresionó fuertemente, fue ver que allí no había ninguna luz del exterior. Sólo la luz del candelero, y unos tenues resplandores producidos por las brasas del altar del incienso, iluminaban aquel sagrado lugar.

Mientras tita María iba describiendo aquel santuario en el que reinaría una relativa penumbra, Evita recordó, sin querer, aquella horrible cámara de la Casa Encantada, y un estremecimiento recorrió su cuerpecito. Para alejar de sí malos recuerdos, interrumpió el relato de su tía diciendo:

—Supongo que Zacarías tendría mucho miedo, ¿verdad, tita?

—No lo creo, querida — prosiguió diciendo la tía. Generalmente, se siente miedo cuando la conciencia no está tranquila, y como os he dicho, Zacarías y su esposa eran muy piadosos y procuraban agradar a Dios en todo. Sin embargo, poco después de haber entrado en el lugar santo, y precisamente cuando iba a ofrecer el incienso en el pequeño altar que allí había, sin duda sintió un poco de temor.

—¿Qué ocurrió, tita, para que Zacarías sintiera miedo? — preguntó sorprendido Miguelito.

—Sucedió algo extraordinario, querido—respondió la tía. Al lado del altar del incienso se le apareció el ángel Gabriel. La presencia de aquel ángel llenó de turbación al anciano sacerdote, y el temor se apoderó de él. Gabriel le dijo:

"No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída y tu mujer Isabel te dará a luz un hijo, al que pondrás

por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y todos se regocijarán de su nacimiento, porque será grande en la presencia del Señor."

—¡Menuda sorpresa se habrá llevado Zacarías! — exclamó Evita.

—No lo sé, querida, pero quizá no — prosiguió diciendo la tía. Porque debes pensar que el anciano sacerdote veía contestada una oración que tanto él como su mujer Isabel habrían elevado a Dios durante años y años. Y ahora, el Señor les iba a conceder el deseo de su corazón. Más que sorpresa, me atrevería a decir que Zacarías sintió duda.

—Pues, si eran tan viejos él y su mujer, Zacarías tenía sus razones para dudar — interrumpió Miguelito.

—Ciertamente las hubiera podido tener si algún hombre le hubiera anunciado el nacimiento de Juan — contestó la tía. Pero, cuando es Dios mismo quien lo afirma por medio de uno de sus ángeles, no hay lugar a dudas. No te extrañe, pues, que Gabriel dijera a Zacarías que *"quedaría mudo hasta el día en que el nacimiento se cumpliera"*.

—Y luego, tita, ¿qué ocurrió? — preguntó con curiosidad Evita.

—Sucedió algo que tuvo mucha resonancia en Jerusalén — prosiguió diciendo la tía. La muchedumbre que aguardaba la salida de Zacarías, se maravillaban de que él se demorase en el santuario. Cuando por fin salió e iba a pronunciar la bendición que todos esperaban, Zacarías se dio cuenta de que no podía hablar; se había quedado mudo. Sin embargo, Dios cumplió su promesa, y, en respuesta a las oraciones de Zacarías e Isabel, les concedió en su vejez un hijo, al que llamaron Juan, el cual fue uno de los más grandes profetas de Israel, el precursor del Mesías, aquel de quien estaba escrito:

"Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas."

II

NACIMIENTO DE JUAN BAUTISTA

No se podía dudar que las Navidades se aproximaban. Los grandes almacenes y aun las pequeñas tiendas se habían engalanado con sus más bellos adornos, derrochando luz y color, para anunciar que se acercaba el día cuando se commemora el nacimiento de Jesucristo, la verdadera luz del mundo.

A pesar de que hacía fresquito, Miguelito estaba casi sudando. Desde que habían salido de la escuela, el niño había estado casi arrastrando a su hermanita, la cual, según él había calculado, se había parado ante los escaparates y vitrinas de los almacenes, por lo menos veinte veces.

Evita hallaba toda clase de pretextos. Un bello arbolito, adornado con gusto; un pesebre artísticamente confeccionado; un simpático Papá Noel, con su saco a cuestas; en fin, todo eran motivos para pararse, mirar y remirar.

Donde casi perdió la paciencia el muchacho, fue ante el gran escaparate de los Almacenes Unidos. Habían tantos y tan diversos juguetes y muñecas, que no veía manera de sacar a Evita de allí. Tan pegada estaba su hermanita al cristal, que Miguelito temió que su pequeña naricita no hiciera un agujero y se colara dentro del escaparate.

Pero, todavía faltaba lo peor. Aunque ya habían pasado los almacenes más bonitos y quedaba ya poco trecho para llegar a casa, ocurrió algo que casi sacó de quicio a Miguelito.

El muchacho, con el fin de ganar tiempo y obligar a la vez a su hermanita a seguirle más de prisa, se había adelantado un poco a ella. Cuál no sería su sorpresa, cuando, en una ocasión en que se giró para ver si Evita le seguía, se dio cuenta de que su hermanita no estaba al alcance de su vista.

Miguelito, asustado, echó a correr de nuevo hacia la escuela confiando en que su hermanita se habría quedado encantada contemplando cualquier tontería. El muchacho dio un suspiro de alivio cuando, al dar la vuelta a la esquina, vio a Evita allá a lo lejos, que parecía estar embobada ante un pequeño escaparate profusamente iluminado.

Cuando llegó al lugar en donde estaba la niña, Miguelito no creyó lo que sus ojos veían. Su hermanita no estaba contemplando lo expuesto en el escaparate, como él había creído, sino que miraba atentamente a dos señores que, con gran abundancia de gestos y muecas, parecía que se estaban diciendo algo.

Miguelito, esta vez, no pudo más. Trabando con un gesto brusco la mano de su hermanita, y alejándose un poco de aquel lugar, le dijo:

—Ya estoy harto de esperarte. Como te encantes otra vez en el camino, te dejo sola y me voy corriendo a casa.

—Bueno, bueno, no te pongas así — contestó la niña, tratando de calmar a su hermanito. Sólo me paré un poco para ver cómo aquellos señores se estaban haciendo muecas, como nosotros nos hacemos en la escuela.

—Si serás boba — dijo el niño, riéndose para sus adentros. Esos buenos señores no estaban haciendo muecas como tú crees, sino que estaban hablando.

—Déjame reir, Miguelito — replicó Evita con aires de suficiencia. Tú dirás lo que quieras, pero esos señores estaban haciendo muecas, y cuando uno las hacía feas, el otro las hacía más feas aún, ayudándose incluso con los dedos. Por eso estuve tanto tiempo mirándoles, para ver quién ganaba de los dos, o quién se cansaría antes de hacer muecas.

—Ya veo que es inútil hablar contigo, pues acabas de salir del cascarón — dijo Miguelito.

—Ya salió el sabelotodo — replicó la niña un poco molesta.

Miguelito no quiso seguir discutiendo y apresurando el paso obligó a su hermanita a seguirle, pues temía que cualquier otra cosa le llamara la atención en el camino.

Cuando llegaron a casa, ocurrió lo que el niño había temido. Tita María les esperaba con cara de muy pocos amigos. Aunque los dos hermanitos se esforzaron en prodigar sonrisas, la buena señora les dijo:

—Ya veo que llegáis muy risueños. Seguramente os habréis divertido mucho por el camino entretanto que yo me consumía esperándoos y pensaba en todas las tragedias del mundo.

—Perdona, tita, pero la culpa esta vez ha sido de Evita — respondió el niño un poco asustado, viendo que las cosas tomaban mal cariz.

—A mí no me interesa saber de quién es la culpa — replicó la tía —, sólo quiero saber la razón de que hayáis llegado tan tarde de la escuela. Si Evita tiene la culpa, tú también la tienes, pues, como mayor que eres, debes cuidar de ella y traerla lo antes posible a casa.

Miguelito optó por callar, pues se daba cuenta de que en aquellas circunstancias todas sus razones no le servirían de nada. Sin embargo, miró de soslayo a su hermanita para hacerle comprender en qué aprieto les había puesto a los dos. Evita, bajo el fuego cruzado de aquellas dos miradas, sólo se atrevió a musitar:

—Sí, tita, la culpa es mía.

—Repito que no quiero saber de quién es la culpa — dijo la tía con tono severo. Sólo me importa saber qué ha ocurrido.

Miguelito comprendió que para terminar de una vez, lo mejor era decir la verdad. Armándose, pues, de valor, y tragando antes la saliva que se le había formado como un nudo en la garganta, dijo:

—Mira, tita, no ha ocurrido nada. Pero, como los escaparates de los almacenes estaban tan bien adornados y había tantos juguetes expuestos, nos hemos entretenido más de la cuenta mirándolos, y esa ha sido la razón de que hayamos llegado un poco tarde a casa.

—Eso no es todo — replicó la tía. Tardar casi una hora para recorrer una distancia que apenas os toma quince minutos, es algo que no puedo comprender, aunque me aseguréis que habéis estado mirando los escaparates de todas las tiendas.

Esta vez fue Evita quien, sintiéndose culpable, quiso aliviar la turbación de su hermanito y, con una osadía desusada en ella, dijo:

—Tienes razón, tita. Eso no es todo, y como te he dicho la culpa es solamente mía, ya que, después de haber contemplado todos los escaparates, vi a dos señores que estaban haciendo muecas, y me quedé allí encantada. Comprendo que soy una boba, pero... eso de ver a unos señores tan respetables entretenerse haciendo muecas, era algo muy raro y no pude reprimir mi curiosidad.

—Vaya, tú siempre descubres cosas nuevas — dijo la tía con un tono más bien irónico. El mejor día eres capaz de ver a una pareja de bomberos saltando a la comba.

Ante la ocurrencia de su tía los dos niños rieron de buen gusto, y aquellas risas tuvieron la virtud de aplacar un poco los nervios de la buena señora. Sin embargo, poniéndose de nuevo seria, les dijo:

—Que esta sea la última vez que lleguéis tarde. De la escuela debéis venir derechitos a casita, aunque por el camino os tropecéis con un platillo volante y un marciano os quiera saludar. Y ahora, pasad enseguida al saloncito que la merienda está cansada de esperar, y la leche se habrá enfriado.

Una vez que los niños terminaron de merendar, tita María se sentó junto a ellos y, ya con mejor humor, quiso saber algo más sobre aquellos respetables señores que en plena calle se habían entretenido a hacerse muecas.

—Bueno, Evita — empezó diciendo la tía — cuéntame algo sobre aquellos señores a los que viste hacer muecas y gesticular.

—Quizá no lo creas — dijo la niña —, pero, te aseguro, tita, que nunca he visto hacer tantas muecas, y además, acompañadas de tantos gestos.

Miguelito, que hasta entonces había guardado silencio, interrumpió a su hermanita, diciendo:

—No lo creas, tita, aquellos señores no estaban haciendo muecas, sino hablando, pues eran dos sordomudos.

—Ahora comprendo — dijo la tía. Quizá se estaban felicitando las Navidades, o hablando de otras cosas, y Evita ha creído que se hacían muecas.

—Pues, muecas sí se hacían — replicó la niña un poco picada.

—Claro, querida — prosiguió diciendo la tía con dulzura. En parte tienes razón, pero lo que a ti te parecían muecas, eran simplemente gestos y ademanes que emplean los sordomudos para expresarse, o para hablar, si de esta manera puede decirse.

—Ya me parecía a mí raro que dos señores hicieran tantas muecas en plena calle — dijo ingenuamente la niña.

—Pues, aunque no lo creas, eso que te ha ocurrido viene muy al caso con la historia que os quería narrar hoy — continuó diciendo la tía. Sin duda recordaréis lo que os conté ayer, acerca del sacerdote Zacarías, quien se quedó mudo por no haber creído a la palabra del ángel Gabriel, y os acordaréis también, que ni siquiera pudo pronunciar la bendición al salir del santuario, tratando de explicar a la multitud por señas, que había tenido una visión y se había quedado mudo.

—Así, tita, ¿también Zacarías era como uno de aquellos señores que yo vi se hablaban por señas en la calle? — interrumpió Evita asombrada.

—Efectivamente, querida — contestó la tía —, aunque el anciano sacerdote sólo lo fue por unos pocos meses. Si me prometéis estar tranquilos y atentos, os voy a contar lo que ocurrió en el hogar de Zacarías y su esposa Isabel, ya que esta historia está muy relacionada con el relato de la Navidad.

Los dos hermanitos asintieron tácitamente, y arrellanándose en sus respectivos sillones, se dispusieron a escuchar con atención el interesante relato del nacimiento de Juan Bautista. Ante tan buena disposición de sus sobrinitos, tita María empezó diciendo:

—Después que Zacarías hubo terminado sus funciones sacerdotales en el templo de Jerusalén, se volvió al pequeño lugar situado en las montañas de Judea, en donde su esposa Isabel le esperaría con alegría. Sin duda, la piadosa anciana confiaba en que Zacarías le contaría con toda clase de detalles el desarrollo de la ceremonia del santuario, en la cual había participado tan directamente.

—¡Menudo desengaño se llevaría! —exclamó Evita.

—Quizá no tan grande como tú crees, querida — prosiguió diciendo la tía. Pues, si bien es cierto que Zacarías no podía hablar, por haberse quedado mudo, es fácil suponer que por medio de señas y gestos, o, usando alguna de las tablillas de madera cubiertas de cera, que usaban en aquel tiempo, pudo contarle no sólo el servicio religioso, sino además la aparición del ángel Gabriel y su promesa de que Dios les concedería un hijito en respuesta a sus oraciones.

—Estaría muy contenta Isabel al saber que tendría un hijo, ¿verdad, tía? — interrumpió Miguelito.

—Muchísimo — contestó la tía. Debes pensar que las esposas hebreas consideraban un oprobio el no tener hijos. Esa fue la razón de que, cuando Isabel quedó en estado, dijera: *"Así ha obrado conmigo el Señor, cuando se dignó quitar mi afrenta entre los hombres"*.

» Los meses pasaron lentamente, y con ellos aumentó la esperanza de Isabel y su esposo. Sí, el Señor, aunque tardó en contestar la oración de aquel matrimonio, al fin les concedió el deseo de su corazón, y, a su debido tiempo, Isabel tuvo un hijo.

—Supongo que los vecinos de la pequeña aldea se sorprenderían mucho de aquel nacimiento — interrumpió Miguelito.

—Pues, te equivocas en tu suposición, querido — continuó diciendo la tía. Todos habían comprendido que lo que

estaba ocurriendo en aquel lugar era algo milagroso. Además, el hecho de que Isabel y su esposo eran de edad avanzada, quizá demasiado avanzada para tener hijos, les recordaba el histórico caso de Abraham y Sara, a quienes el Señor les había concedido también un hijo en su vejez.

» Así que, al conocerse la noticia del nacimiento del niño, dice el Evangelio que todos se regocijaron con la madre. Pero, la alegría y la sorpresa no terminaron allí, pues, al cabo de ocho días, precisamente cuando estaban cumpliendo el rito de la circuncisión, se produjo un hecho extraordinario.

—Ya lo sé, tita — interrumpió con júbilo Evita, que estaba absorta con el relato. Aparecieron unos ángeles y, luego, vinieron unos pastores a ver al niño.

—Te has olvidado decir, querida, que tú eras una de las zagalas que fueron a ver a Juan, porque imaginación veo que no te falta — contestó en tono jocoso la tía.

—Hay que ver, Evita; no das ni una en el clavo — dijo Miguelito con aires de suficiencia.

—Evita no da ni una — prosiguió diciendo la tía —, pero, como parece que tú lo sabes todo, ¿quieres decirnos lo que ocurrió?

—Pues, ocurrió..., ocurrió... — dijo el niño.

—Sí, sí, ¿qué ocurrió? Eso es lo que queremos saber — continuó diciendo tita María.

—Pues, ocurrió..., ocurrió..., ocurrió...; la verdad es, que tampoco yo sé lo que ocurrió — confesó Miguelito un poco confundido.

—Eso te enseñará, querido, a no jactarte tanto de tus conocimientos, y a no despreciar a tu hermanita que es mucho más pequeña que tú — dijo la tía.

—Te está bien empleado, por sabihondo — agregó Evita.

—Lo mejor que podéis hacer el uno y el otro es callar y aprender — continuó diciendo la tía. Además, si seguimos así no podré terminar de contaros esta historia.

Cuando tita María vio que sus sobrinitos ya estaban más tranquilos, prosiguió su relato diciendo:

—Como os iba contando, el día en que se celebraba la circuncisión del niño, ocurrió algo extraordinario. Cuando iban a poner al niño el nombre de su padre, Isabel se opuso a que su hijito fuera llamado Zacarías, pues, según ella, su nombre debía ser Juan. Al no haber nadie que llevase este nombre en la parentela, todos insistieron en que el nombre que le correspondía era Zacarías. Finalmente, decidieron recurrir al padre para que él resolviera la cuestión.

—Pero, tita, ¿no nos dijiste que Zacarías se había quedado mudo? — interrumpió Miguelito.

—En efecto, querido — prosiguió diciendo la tía —, por esa misma razón dice el Evangelio que le hicieron señas para que les dijese cómo quería llamar al niño. Pidiendo entonces una tablilla, Zacarías escribió:

"Juan es su nombre."

Al ver esto, todos se quedaron admirados, pero su asombro llegó al colmo, cuando, de repente, el anciano sacerdote empezó a glorificar a Dios, pronunciando una hermosa profecía, que es conocida por el nombre de "Benedictus".

—Tita, ¿quieres decir que Zacarías recobró el habla milagrosamente? — preguntó asombrada Evita.

—Así fue, querida — respondió la tía. El Señor no sólo le concedió de nuevo la facultad de hablar, sino que además le llenó de su Santo Espíritu para que anunciase la próxima venida del Mesías, e indicara la misión de aquel pequeño Juan.

» Cuando aquel niñito creció y se hizo hombre fue un gran profeta a quien llamaron el Bautista, porque predicaba

y bautizaba en el río Jordán a todos los que, arrepentidos de sus pecados, creían en el Mesías que él anunciaba, en Jesucristo, a quien llamó el *"Cordero de Dios"* porque iba a morir en la cruz por los pecados del mundo.

III

ANUNCIACION DE JESUS

Por fin habían comenzado las vacaciones navideñas, con la consiguiente alegría de Miguelito y Evita. Parecía que hasta en el ambiente se notaba una cosa particular, algo que no se podía definir, pero que presagiaba la alegría de las fiestas más gozosas de todo el año, y especialmente deseadas por los pequeños.

Estaban terminando de comer, cuando tita María se acordó de que, con sus muchos quehaceres, aquel año todavía no habían tenido tiempo de visitar los almacenes y tiendas de la ciudad. Creyó que aquello sería una buena distracción para los pequeños, y, sin pensarlo más, dijo:

—Si después de comer me ayudáis un poco, os llevaré a visitar los almacenes.

—¡Huy!, qué bien — exclamó Evita, procurando mascar más deprisa lo que tenía en la boca.

—¿Nos llevarás también a los Almacenes Unidos para ver aquel tren de juguete tan bonito? — preguntó Miguelito.

—Os llevaré donde queráis — respondió tita María —, pero con la condición que os he dicho.

No es de extrañar que con esta perspectiva la comida se terminase al cabo de unos instantes. Sin que su tía le dijese

nada, Evita empezó a llevar los platos y los cubiertos a la cocina. Miguelito, por su parte, empezó a recoger las miguitas que habían sobre la mesa. Tita María estaba admirada de tanta diligencia, pues normalmente sólo lograba la ayuda de sus sobrinitos después de muchas razones y argumentos que, en ocasiones, eran algo así como un sermón.

La tía lavando, Evita secando y Miguelito colocando en su lugar todas las cosas, en un santiamén quedó todo listo. Y en menos tiempo de lo que se tarda en decirlo, los niños estaban ya preparados para aquella anhelada visita a los almacenes. La tía no se hizo esperar, y así los tres se dirigieron contentos hacia el centro de la ciudad.

Pasaron de largo algunos pequeños almacenes y tiendas, para detenerse ante los escaparates de los almacenes más grandes. ¡Qué derroche de luz y color! A los niños se les iban los ojos tras los juguetes. Los había para todos los gustos: muñecas, trenes eléctricos, grandes caballos de cartón que parecían casi de carne y hueso, juegos de toda clase y, en fin, los juguetes más modernos, los teledirigidos, que consistían en grandes coches, camiones y hasta cohetes.

Como se agolpaba mucha gente ante los escaparates, tita María creyó conveniente entrar en alguno de aquellos almacenes, escogiendo los Almacenes Unidos, que era donde Miguelito quería ver un tren eléctrico. Es difícil describir la impresión que sintieron al penetrar en aquellos enormes almacenes. Además del agradable ambiente que reinaba allí, había tal abundancia de cosas expuestas que, realmente, no se sabía adónde dirigir la mirada.

Sin embargo, lo que chocó más a la tía, fue la muchedumbre que había en el almacén. Al ver tanta gente, la buena señora estuvo tentada de huir de aquel bullicio, pero, por amor a sus sobrinitos, a quienes veía embelesados mirándolo todo, resistió la tentación y comenzaron lentamente a observar todo lo que allí estaba expuesto.

Miguelito, cuyo interés principal se cifraba en el tren eléctrico de juguete, no viéndolo por allí, dijo a su tía:

—Tita, todo esto es muy bonito, pero a mí me gustaría mucho ver el tren de juguete del cual te hablé.

—Poco a poco lo veremos todo, querido — respondió la tía. No pretenderás que nos echemos a correr entre tanta gente, ¿verdad?

—No, tita, no — contestó el niño. Pero, en aquel cartel dice que los juguetes se hallan en el primer piso.

—Ya decía yo que aquí hay de todo menos juguetes — dijo tita María un poco sorprendida.

En esto, llegaron al pie de unas escaleras automáticas, en donde se agolpaba la gente para subir al primer piso. Cuando los niños vieron cómo la gente subía por la escalera como si fueran llevados en volandas, se entusiasmaron. Evita, no pudiendo reprimir por más tiempo sus deseos, dijo a su tía:

—Mira, tita, por aquí se sube al primer piso, que es donde Miguelito quiere ir. Si subimos por esta escalera mecánica no te cansarás.

—¿Subir yo por un artefacto tan peligroso como ése? — dijo la buena señora un poco asustada. Por lo visto tú quieres que se me metan los tacones entre las juntas de la escalera y que me caiga de bruces. Si tú quieres sube, pero yo iré por las escaleras de verdad.

Miguelito, a quien más que las escaleras le interesaba el tren eléctrico del primer piso, creyó haber hallado la solución, y dijo:

—Lo que podríamos hacer, tita, es que Evita suba por la escalera mecánica y nosotros por la otra, y luego nos encontremos todos arriba.

Tita María estaba conforme con todo, menos con la idea de que ella tuviera que subir por aquella misteriosa escalera que llevaba sola a la gente. Aunque no muy tranquila, accedió a la idea de Miguelito, y los dos esperaron un poco para ver cómo Evita subía por la escalera automática.

La niña se colocó entre la gente que se apretujaba para subir y, al fin, consiguió poner sus pies en la escalera. Qué agradable sensación sintió. Sí, era como si alguien la llevase en andas.

Entretanto, al pie de la escalera, la tía y Miguelito seguían con ansiedad el corto viajecito de Evita. Viendo tita María que no existía casi peligro, y sintiendo al propio tiempo un poco de vergüenza por haber expresado temor de subir por la escalera, dijo al niño:

—Mira, lo mejor que podemos hacer es subir también nosotros por esta escalera mecánica. Así llegaremos antes y nos reuniremos con Evita.

Miguelito, que no estaba deseando otra cosa, accedió. Todo no fue fácil, pues cada vez había más gente aguardando subir por la escalera automática. Por fin, tía y sobrinito pudieron poner sus pies en un peldaño y empezó la ascensión con la agradable sensación de ser llevados en volandas. Pero, la verdadera sensación la tuvo la tía cuando, al llegar al final de su viajecito en escalera, no halló a Evita.

—Miguelito, ¿dónde se habrá metido la niña? — preguntó tita María un poco asustada.

—No lo sé, tía — respondió el niño. Le dijimos que nos reuniríamos aquí. No sé adónde haya podido ir.

Tía y sobrinito miraron por todas partes, pero no vieron a la niña. Se dirigieron luego hacia el lugar donde estaban expuestas las muñecas para ver si a Evita se le había ocurrido ir allí. La niña tampoco estaba en aquel lugar. Fueron de un sitio para otro buscándola, pero, entre tanta gente, pronto se dieron cuenta de que no sería fácil hallarla. Tita María, en su angustia, ya no sabía qué hacer, ni adónde dirigirse.

De pronto, y cuando más desesperaban de hallar a la niña, por medio de un altavoz, oyeron el siguiente anuncio:

"¡Atención, atención! Se ruega a los familiares de una niña llamada Evita que se presenten con toda urgencia en la oficina de este almacén, sita en la planta baja."

—¡Gracias a Dios! — exclamó la tía al oír estas palabras. Y sin decir nada más, y cogiendo de la mano a Miguelito, empezó a bajar las escaleras de dos en dos peldaños para llegar cuanto antes a la oficina.

Cuando tía y sobrinito entraron en el despacho donde Evita, llorando a lágrima viva, estaba sentada esperando, la buena señora no pudo reprimir una exclamación:

—¡Chiquilla!, qué rato más desagradable nos has hecho pasar. Todo por complacer tus caprichitos.

Evita no decía nada. Sólo unos imperceptibles suspiros demostraban que a pesar de la reprimenda de su tía, la niña estaba contentísima de hallarse de nuevo junto a los suyos.

Después de agradecer a los empleados del almacén toda su amabilidad con la pequeña, tita María tomando a sus sobrinitos por la mano, decidió dar por finalizada la visita. Tan pronto estuvieron en la calle, Miguelito se atrevió a decir:

—Pero, tita, yo todavía no he visto el tren eléctrico de juguete.

—Para trenes de juguete estoy yo después de lo ocurrido — respondió la tía. Otro día será, querido. Y todo se lo puedes agradecer a tu hermanita.

—Ya lo ves, Evita — dijo el niño. Por una bobada tuya me he quedado sin ver el tren.

La niña, después del mal rato que había pasado, no tenía ni fuerzas para contestar a su hermanito, como era su costumbre. Así, en silencio, anduvieron el camino de regreso. Al llegar a casa, ya un poco más tranquilos todos, la tía quiso saber lo que había ocurrido.

—Ahora, Evita espero que nos contarás lo que pasó — empezó diciendo la tía.

—Pues... no pasó nada, tita — respondió tímidamente la niña. Cuando llegué al primer piso, me fuí enseguida hacia la escalera normal para esperaros; al ver que no estabais allí, se me ocurrió bajar con la esperanza de encontraros a mitad de camino, pero... cuando llegué abajo no encontré a nadie. Entonces, casi no recuerdo lo que pasó. Sólo sé que me puse a llorar como una magdalena, y que acercándose a mí un empleado del almacén, me llevó a un sitio muy bonito, diciendo que me sentara allí y que no llorase, pues pronto vendrían a buscarme.

—Ya podíamos buscarte, ya — dijo Miguelito. Cualquiera te hubiera encontrado tan escondida.

—Eso me servirá de escarmiento — interrumpió tita María. Cuando volvamos a salir no voy a soltarte de la mano ni un solo instante.

Como parecía que la sofoquina había ya pasado, Miguelito dijo:

—Tita, ¿por qué no nos cuentas la historia del nacimiento de Jesús?

—Eso pensaba hacer estos días, querido — respondió la tía. Por esa misma razón os conté anteriormente el nacimiento de Juan Bautista, pues una historia está estrechamente unida a la otra, ya que, como os dije, aquel pequeño Juan iba a llegar a ser el precursor de Jesucristo.

—Y, eso de precursor, ¿qué quiere decir, tita? — preguntó Miguelito.

—Precursor se dice de aquel que precede o va delante de otro — respondió la tía. Juan Bautista es llamado el precursor de Jesucristo, precisamente porque vino antes que El, a fin de preparar los corazones de todos para que le recibieran como quien era: el enviado de Dios, el Cristo. Pero, prestad un poco de atención y sabréis más de la bella historia que se nos narra en el Evangelio.

» En el Norte de Palestina, en la región de Galilea, existía una aldea llamada Nazaret. Durante siglos y siglos allí no había ocurrido nada de particular. El lugar era tan insignificante y oscuro que los historiadores no lo mencionan, ni siquiera se nombra en las antiguas Escrituras. Sin embargo, allí vivía una joven israelita llamada María, quien, aunque pobre, era de noble linaje.

—Ya conozco la historia, tita, ya la conozco — interrumpió con júbilo Evita. María era la madre de Jesús, y cuando el niño nació lo puso en una cueva y vinieron ángeles y pastores...

—Y Magos, y Herodes y Pilatos, ¿verdad, rica? — dijo la tía en tono irónico.

Miguelito no se pudo aguantar más y lanzó una ruidosa carcajada.

—Mal empezamos la historia — continuó diciendo la tía. Lo mejor que puedes hacer, Evita, es callar, pues lo estás confundiendo todo; y tú, Miguelito, procura no burlarte de tu hermana.

Tita María esperó que los niños se tranquilizaran, y cuando vió que de nuevo prestaban atención, prosiguió su relato diciendo:

—María, aquella joven doncella, estaba desposada con José, un humilde carpintero de la aldea, quien, a pesar de su condición presente, era nada menos que un descendiente directo de la casa de David, o sea, de linaje real.

» Cierto día en que la Virgen María estaba sola, en un lugar que no se precisa en el Evangelio, tuvo una sorpresa muy grande al ver aparecer ante ella el ángel Gabriel, quien la saludó de un modo muy singular.

—Qué susto se habrá llevado María, ¿verdad, tita? — interrumpió Evita.

—No puedo decírtelo con certeza, querida, pues en el Evangelio no está escrito — respondió la tía. Sin embargo, es natural que ante una aparición tan extraordinaria y una salutación tan particular, María se turbase, e incluso sintiera algún temor. Es por esa razón que, para disipar toda clase de temor, el ángel le dijo:

"No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin."

» Aunque las palabras del ángel aquietaron el ánimo de María, con todo, la dejaron un poco perpleja, porque si bien era cierto que ella y José habían celebrado sus esponsales, todavía no vivían juntos.

—Pues, si no lo explicas mejor, tita, yo no lo entiendo — interrumpió Miguelito.

—La explicación es sencilla, querido, especialmente si se conocen las costumbres judías de aquella época — prosiguió diciendo la tía. Debes tener en cuenta que, entre los judíos, la celebración del matrimonio estaba compuesta de dos ceremonias: los esponsales o desposorios, los cuales solían celebrarse en la intimidad, y las bodas, propiamente dichas, que era el acto de conducir la novia a casa de su prometido, en donde se confirmaba el contrato matrimonial, con el consiguiente regocijo. Entre una y otra ceremonia, podían transcurrir algunas semanas e incluso meses, durante los cuales cada uno de los desposados vivía en su propia casa.

—Ahora, tita, yo también lo comprendo — dijo Evita. Lo que no alcanzo todavía a entender, es cómo el niñito Jesús podía nacer.

—Ni yo tampoco puedo comprenderlo del todo, querida, porque eso es uno de los misterios más profundos — continuó diciendo la tía. Pero, para que lo entiendas un poco mejor, voy a citarte lo que el ángel dijo a María, pues también ella tenía necesidad de que le aclarasen esta cuestión. He aquí lo que está escrito en el Evangelio:

"El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios."

—Y a todo esto, tita, ¿qué hizo María? — interrumpió Miguelito, que cada vez estaba más interesado en aquella bella historia.

—Hizo lo que debía hacer — respondió la tía. Al oír tan hermosas palabras, María comprendió que por la gracia y poder de Dios ella vendría a ser la madre del Mesías prometido. Humildemente y con fe sincera, María dijo:

"He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra."

—Y, ¿qué dijo el ángel? — interrumpió Evita.

—Dice el Evangelio que después de oír estas sencillas palabras de María, el ángel Gabriel se fue — respondió la tía.

—¿Dónde? — preguntó a su vez Miguelito.

—No lo sé, querido — contestó la tía. Pero sí sé adónde tengo que ir yo, ahora mismo, si no queréis quedaros sin cenar esta noche.

IV

LA VISITACION

No hay duda de que las vacaciones son una buena cosa para los niños, pero que, en ocasiones, presentan problemas. Eso es lo que tita María estaba pensando durante aquellos días de vacaciones navideñas.

Sus sobrinitos se habían estado entreteniendo con todo lo posible e imaginable, y habían jugado a todo lo que se pueda jugar, y, con todo, ella veía claramente que se aburrían. Por tal motivo, la buena tía había pensado invitar aquella misma tarde a Eunice y David, dos sobrinitos suyos, confiando en que los cuatro primitos juntos gozarían de lo lindo en el hermoso parque de la ciudad.

Como los niños no se veían a menudo, no es menester decir que el encuentro fue muy alegre y hasta ruidoso. Tita María, que ya tenía todo dispuesto, no quiso desperdiciar ni un instante y así, ella y sus sobrinitos no tardaron en hallarse camino del parque.

El día estaba claro y la temperatura era benigna. Parecía que todo ayudaba para que los niños gozasen de aquel paseo. Aunque la distancia que les separaba del parque no era corta, los deseos de llegar a él hacían que los niños, más que andar, corriesen. La tía, poco acostumbrada a aquellas prisas, trataba de seguir a los pequeños, lo cual conseguía a

duras penas. Cuando, por fin, llegaron al parque, tita María reunió a sus sobrinitos y les dijo:

—Espero, queridos, que os sabréis comportar bien. Corred y saltad todo lo que queráis, pero sin molestar a nadie, ni siquiera a los perritos que llevan de paseo. Lo digo por ti, David, pues ya sé que tienes cierta debilidad por tirar del rabo a los perros.

Los niños oían atentamente las recomendaciones de su tía, haciendo ostensibles signos afirmativos con la cabeza. La tía, complacida de tanta atención, finalmente les dijo:

—Una última advertencia. Prometedme que no os acercaréis a la jaula del loro, ni a la del mono.

Ni que decir tiene que los primitos prometieron uno tras otro que aquellas dos jaulas, que tanto atractivo tenían para ellos, serían consideradas como inexistentes. Después de esto, empezó la desbandada. Se diría que los niños no habían podido correr y saltar en todo el año. La tía, que después de la larga caminata de casa al parque no estaba para más paseos, miró a su alrededor buscando un banco vacío. Viendo uno no lejos de allí, se dirigió hacia él para lograr el merecido descanso. Mientras los niños jugaban, sacó sus labores y se puso a trabajar.

Los primitos jugaron a las cuatro esquinas, al marro, a la pata coja y al salto. Después de divertirse con todos estos juegos, Evita, que tenía su propósito, dijo a los demás:

—¿Qué os parece si ahora jugásemos al escondite? Podríamos hacer dos grupos: Eunice y yo, y, David y Miguelito.

Todos los primitos estuvieron de acuerdo con la idea, pues eso de esconderse entre los árboles y los matorrales es algo que gusta mucho a los niños. Evita, viendo que estaban conformes, les dijo:

—Como yo he tenido la idea, las niñas seremos las primeras en escondernos. Vosotros contaréis hasta cincuenta, para darnos tiempo a hacerlo, y luego, ya podéis empezar a buscarnos.

Aunque lo hubieran tenido que echar a suertes, los niños accedieron a la idea de Evita, y, poniéndose cara a un árbol, comenzaron a contar lentamente. Las dos primitas, cogiditas de la mano, empezaron a alejarse de aquel lugar, procurando no hacer ruido, para que los niños no se dieran cuenta de la dirección que tomaban.

Evita, haciendo con el dedo señal de silencio a su primita, la llevó por un sendero que se alejaba mucho del lugar donde los niños estaban contando.

—¿Dónde me llevas? — preguntó Eunice con sorpresa.

—¡Chis...! No digas nada, pronto lo sabrás — respondió Evita con cierto aire de misterio.

Las dos primitas siguieron el sendero, el cual parecía que no iba a terminar nunca. Eunice, un poco inquieta, iba ya a decir algo a su primita, cuando, de pronto, desembocaron en una pequeña plazoleta, en la cual vieron bastantes niños.

—No te quise decir nada, Eunice, porque quería darte una sorpresa — dijo Evita. Fíjate bien, y verás cómo al otro lado de la plazuela hay dos pequeñas jaulas.

—Sí, sí, ya las veo — exclamó Eunice con alegría.

—Pues, allí están el lorito y el mono — prosiguió diciendo Evita.

—¡Huy, qué bien! — dijo Eunice. Con las ganas que tenía yo de verlos. Me han dicho que el lorito habla como una persona y que hasta sabe silbar, ¿es verdad?

—Sí, es un loro muy listo — respondió Evita. Dicen que habla varias lenguas.

Mientras las dos niñas se iban acercando a las jaulas, Eunice sintió que el gusanillo de la conciencia le estaba diciendo algo. Sí, ahora recordaba que tita María les había hecho prometer que no irían a ver el mono ni el loro. Como el gusanillo de la conciencia no quería callar, Eunice se sintió obligada a hablar.

—Evita — dijo la niña con dulzura —, ¿crees que hemos hecho bien en venir aquí, después de la promesa que hicimos?

—Lo que nos dijo la tía fue que no nos acercásemos a las jaulas — contestó Evita. Así que, con mantenernos un poco alejadas de las mismas, creo que no hacemos nada malo, y cumplimos nuestra promesa.

Para tranquilizar su conciencia, así lo hicieron las niñas. Cuánto pudieron reirse con las monadas del simio y con las graciosas salidas del lorito. Parecía, en efecto, que este último sabía tres o cuatro lenguas y, además, sabía silbar.

Nunca habían visto algo semejante. En una ocasión cuando a un niño, con aire de golfillo, se le ocurrió silbar aquel villancico que dice: "Dale, dale, dale, la Mari morena...", el lorito se puso a imitarle tan bien, que el que no lo viera, hubiera dicho que era otro pilluelo quien silbaba.

Atraídas inconscientemente por la curiosidad, las dos primitas se fueron acercando a las jaulas. Nunca habían visto un lorito más hermoso ni más listo. Y respecto al mono, las dos estaban embobadas viendo las graciosas piruetas que hacía.

Lo que más gustaba a las niñas, era la manera en que el monito se comía los cacahuetes. Con qué destreza les quitaba las cáscaras y luego, mientras los ojitos le brillaban de alegría, los mascaba despacito como si quisiera saborearlos.

Viendo comer al monito, Evita recordó que la última vez que su tía les había sacado de paseo, le había comprado un cucurucho de cacahuetes. Instintivamente, metió su mano en uno de los bolsillos de su abrigo y, cuál no sería su sorpresa cuando hurgando en él, halló un pequeño cacahuete.

La niña ni siquiera lo pensó. Dando unos pasos hacia adelante, llegó hasta el lugar donde estaba el mono y sacando el cacahuete de su bolsillo se lo ofreció al animalito. El mono, naturalmente, quiso coger el cacahuete de la mano de la niña, pero Evita, asustada, la retiró con rapidez.

De nuevo la niña trató de poner el cacahuete al alcance del monito, pero éste, temiendo que le engañasen, y no queriendo perderse aquel sabroso manjar, cuando vio que Evita extendía su mano con el cacahuete, con un rápido movimiento se la cogió.

Difícil es describir lo que ocurrió. La niña, al sentirse agarrada por aquella mano seca y dura, empezó a gritar. Por su parte, el monito, asustado por los gritos de Evita y temiendo perder su cacahuete, empezó también a chillar de forma estridente, como sólo saben hacerlo los monos.

De pronto, Eunice, que no había perdido su sangre fría, rodeó con sus brazos a Evita, y con un fuerte tirón consiguió que el mono soltara la mano de su primita.

No es menester decir, que cuando la niña se vio libre de la mano del monito, salió corriendo entre la gente no mirando siquiera hacia atrás. Eunice, que apenas podía seguirla, pudo, al fin, llegar a su altura, y con su más tierno acento, le dijo:

—Te habrás asustado mucho, ¿verdad?

—Muchísimo — respondió la niña. Tenía miedo que el mono me mordiera un dedo.

—Yo creo, Evita, que eso nos ha ocurrido por desobedientes — dijo Eunice. Si hubiésemos hecho caso a la tía, nos hubiéramos ahorrado este mal rato.

Aunque las dos primitas se habían olvidado casi por completo de sus compañeros de juego, éstos, después de haber contado hasta cincuenta, habían estado buscando a las niñas por todos los rincones. Como el tiempo pasaba y no las hallaban, empezaron a temer que algo malo les hubiera ocurrido. Así que, optaron por decírselo a tita María.

Cuando la buena señora supo que las niñas no aparecían, se levantó del banco como movida por un resorte y, metiendo sus labores en la bolsa, dijo:

—Eso es que se han ido a ver al loro y al monito. Quién me manda a mí fiarme de esta gente menuda.

Y, diciendo esto, echó a andar, seguida de sus dos sobrinitos, hacia la plazoleta donde estaban las jaulas. A mitad del sendero que conducía a aquel lugar, vieron a Evita y Eunice que venían a su encuentro. Tita María dio un suspiro de alivio, pero no quiso mostrarse blanda con las niñas.

—Así es como cumplís vuestra promesa — dijo la tía en tono que no admitía réplica. Está visto que para estar tranquila tendré que amarraros con una cuerda a un árbol. Y ahora, después de este disgusto, comprenderéis que lo mejor es que volvamos a casa. Allí, al menos, estaré segura de que no os escaparéis. Y, diciendo esto, se dirigió hacia la salida del parque.

Por el camino, los niños se miraban unos a otros con miradas que de todo tenían menos de amistosas y, como es natural, los unos echaban la culpa a los otros de lo ocurrido.

Ya de nuevo en casa, tita María les preparó una merienda. Cuando la hubieron terminado, la buena señora quiso saber lo que, en realidad, había ocurrido. Sentándose con los pequeños en el saloncito, dijo:

—De manera que las dos primitas os pusisteis de acuerdo para ver el lorito y el mono, ¿verdad?

Las niñas no sabían qué responder. Algo tenían que contestar, pero como no parecía que Evita estuviera en condiciones de hacerlo, al fin, Eunice se decidió a hablar, diciendo:

—La verdad es, tita, que no queríamos llegar hasta allí, pero nos ocurrió como a Eva en el paraíso que, no queriendo llegar hasta el árbol prohibido ni comer el fruto, poco a poco desobedeció y cayó. Lo malo es que Evita, sin querer, estuvo en un tris de caer en serio.

—¿Qué quieres decir con eso? — preguntó asustada tita María.

—Sí, tita — respondió en tono lastimero Evita, mostrando su mano. El mono me quiso morder un dedo, y yo creo que si no hubiera sido por la ayuda de Eunice a estas horas estaría en el hospital.

—Eso te servirá de escarmiento, querida — dijo la tía. Y lo que me alegra mucho es saber que tu primita es tan valiente, y que en ella has encontrado ayuda y apoyo en la dificultad. Esta ayuda que te ha prestado Eunice me recuerda lo ocurrido entre Isabel y María, las cuales, según parece, también eran primas.

» Recordaréis que, cuando el ángel Gabriel se fue, María se quedó sola. La Virgen no tardó en darse cuenta de que iba a ser mamá. Cuando tuvo la seguridad de ello, procuró por todos los medios hallar alguien a quien confiar su secreto.

—Ya lo sé — interrumpió Evita. María se fue al templo a decírselo a una viejecita que se llamaba Ana.

—¡Angela María!, querrás decir — prosiguió con cierto humor la tía. La Virgen no fue al templo, ni mucho menos a ver a una ancianita llamada Ana. Tendrías que haber acertado adónde fue... a visitar a su prima Isabel, quien vivía con su esposo Zacarías en una aldea de los montes de Judea.

—Ahora caigo, tita — interrumpió Miguelito —; como el ángel le había dicho que también Isabel iba a tener un hijito, María pensó que aquella piadosa anciana, que además era de su parentela, podría aconsejarla.

—Creo que estás en lo cierto, querido — prosiguió diciendo la tía.

—Qué bueno es tener primas como Eunice, que siempre están dispuestas a ayudarte, ¿verdad, tita? — dijo Evita.

—Más que bueno es algo inapreciable — contestó la tía. Y esa, precisamente, fue la experiencia de María en el hogar de Isabel, pues, así como María vio a su prima y la saludó, la piadosa anciana sintió en lo más profundo de su ser algo que la colmó de gozo, y llena del Espíritu Santo, le dijo:

"Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu seno. ¿Y de dónde esto a mí, que la madre de mi Señor venga a verme?... Dichosa la que ha creído, porque se cumplirá lo que le fue dicho de la parte del Señor."

—Tita, y ¿qué dijo María? — interrumpió Evita.

—Por el momento, no dijo nada de lo que pensaba decir — contestó la tía. Pero, al darse cuenta de que Dios había revelado a Isabel su secreto, prorrumpió en alabanzas al Señor.

—Yo no entiendo que quiere decir eso de "prorrumpir en alabanzas" — dijo el pequeño David.

—Quiere simplemente decir, que María estaba tan llena de júbilo, que empezó a bendecir y a alabar al Señor — contestó la tía. Pero, como veo que os gustaría saber lo que dijo, voy a tratar de resumirlo.

» María pronunció un himno, el cual se conoce con el nombre de "Magnificat". Este himno o poesía, empieza así:

"Magnifica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador; porque se dignó mirar la bajeza de su esclava; pues, he aquí desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el Poderoso, cuyo nombre es Santo..."

—Y buenas razones tenía María para estar contenta, ¿verdad, tita? — interrumpió Eunice.

—No las habrán mayores para una mujer, querida — prosiguió diciendo la tía. Su corazón rebosaba gozo y gratitud, particularmente por dos cosas. La primera: que Dios, a pesar de su pequeñez, o, como ella dice, de su "bajeza", la había escogido para ser la madre de Jesucristo, y, la segunda, mucho más importante aún, es que este mismo Dios a quien alaba y magnifica era su propio Salvador.

—Perdona, tita — interrumpió nuevamente Davicito —, ¿qué quiere decir eso de "bienaventurada?"

—Eso quiere decir feliz — respondió la tía. María se dio cuenta de que todos los que llegaran a conocer la historia de Jesús, la considerarían a ella como una de las mujeres más felices y privilegiadas que hayan vivido en este mundo, por haberle sido concedida la gracia de ser la madre de Jesús, el Redentor.

Y ahora, queridos, si queréis que yo termine la tarde un poco feliz también, despediros, pues David y Eunice tienen que volver a su casa antes de que sea demasiado tarde.

V

VIAJE A BELEN

Por fin había llegado el día que Evita anhelaba tanto. Desde que comenzaron las vacaciones navideñas, la niña había estado esperando la fiestecita que habían preparado en su escuela. Pero, lo que Evita esperaba con más ilusión era la función especial de títeres.

La niña había pasado la mañana tras su tía, tratando de que la buena señora le contase todas las funciones de títeres que había visto en su infancia. Naturalmente, llegó un momento cuando tita María, harta ya de oír hablar de marionetas, se desembarazó de ella diciéndole que en la última función que vio, no quedó títere con cabeza.

Después de comer, los dos hermanitos creyeron que había llegado la hora de salir hacia la escuela para asistir a la función; sin embargo, tita María no era de la misma opinión, y viendo que sus sobrinitos se disponían a marcharse, les dijo:

—Seréis capaces de iros así, tan tranquilos, y dejarme a mí con todas las cosas. Esto ya pasa de castaño oscuro. Sin duda, os habréis creído que yo soy la sirvienta, o que aún estamos en los tiempos de la esclavitud de Egipto.

Los niños, viendo que aquellas frases presagiaban una tormenta que les iba a dejar sin función, se quedaron quie-

tecitos donde estaban. La tía, con un tono más moderado, continuó diciendo:

—Por lo menos, tú, Miguelito, antes de marcharos, tendrías que limpiar la jaula de Pipo, y ponerle comida, y tú, Evita, ayúdame a arreglar el comedor y tráeme las cosas a la cocina.

Los dos hermanitos no se hicieron repetir aquellas órdenes, y Miguelito fue en busca de la jaula. Pipo era un precioso canario que alegraba con sus trinos aquel hogar. Aunque era muy querido por todos, Evita le tenía un cariño un poco raro. Le chillaba, le soplaba y le amenazaba cuando nadie la veía; en fin, que parecía que su cariño por el pajarito sólo podía mostrarse haciéndole rabiar.

La niña, tan pronto como terminó de arreglar el comedor, se acercó al lugar donde Miguelito estaba limpiando la jaula de Pipo. Cuando su hermanito la vio aproximarse, le dijo:

—Espero que dejes el pájaro tranquilo, y no le hagas alguna de las tuyas.

—Yo haré lo que me plazca, ¿sabes?, porque el canario tanto es tuyo como mío — contestó la niña.

Miguelito calló, tratando de terminar cuanto antes su tarea. Después de haber limpiado bien la jaula, se dirigió hacia la cocina en busca de agua y alpiste.

Pocas veces se presentaban a Evita ocasiones como aquella. La jaula estaba al alcance de su mano. La niña no pudo resistir la tentación. En un santiamén, Evita abrió la portezuela de la jaula y metió su mano para hacer una caricia a Pipo.

El pájaro, al ver aquella mano dentro de su jaula, se asustó tanto, que empezó a revolotear de un lado para otro. Evita, creyendo que algo malo le ocurría, sacó prestamente su mano de dentro de la jaula, pero se olvidó de cerrar la

portezuela. Volando con rapidez, el canario salió de la jaula en un abrir y cerrar de ojos.

La niña, al ver lo sucedido, trató de coger el pájaro para volverlo a meter en la jaula. Pero, una cosa era acariciar a Pipo en la jaula, y otra, atraparlo fuera de ella. El canario, que sin duda adivinó las intenciones de Evita, echó de nuevo a volar y fue a posarse en uno de los brazos de la lámpara que colgaba del techo.

Todo esto ocurrió en menos tiempo del que se tarda en contarlo. De modo que, grande fue la sorpresa de Miguelito cuando al llegar a la jaula con el agua y el alpiste, no halló el pájaro en ella. Una simple mirada a su hermanita le hizo comprender lo sucedido. Allí, en un rincón, estaba la niña como embobada mirando hacia la lámpara.

—Esto es lo que nos faltaba — dijo el niño con tono malhumorado. Ya te dije que dejaras tranquilo al canario. Ahora, cualquiera lo coge y lo mete de nuevo en la jaula.

Tita María, que desde la cocina oía demasiadas voces, dejó por un momento su trabajo para ver lo que ocurría. La sorpresa que se llevó la buena señora fue mayúscula. El canario, queriendo sin duda hacer rabiar a Evita, continuaba tan tranquilo en el brazo de la lámpara.

—Segura estoy que ya has hecho alguna de tus jugarretas, ¿verdad, Evita? — dijo la tía. Cuántas veces te tengo dicho que un canario no es un muñeco, y que a los pájaros no se les debe tocar ni siquiera hacerles pantaloncitos como tú quieres.

—Tita, te aseguro que esta vez no quise tomarle la medida de los pantaloncitos — contestó Evita un poco asustada.

—Pues, entonces, ¿qué querías hacer? — replicó en tono severo la tía.

—Pues... nada — dijo la niña. Sólo quería hacer una caricia a Pipo.

—La caricia te la tendré que hacer yo a ti algún día — prosiguió diciendo la tía —, pues ya estoy harta de verte martirizar al pobre pájaro, y alguna vez, sin querer, le harás daño.

Pipo, entretanto, parecía que se complacía asistiendo a aquel espectáculo desde lo alto. De pronto, se le ocurrió una idea a tita María.

—Miguelito — dijo la tía —, ve enseguida a buscar la escoba.

El niño no tardó en venir con la escoba y se la dio a su tía. La buena señora, con la escoba en la mano, se dirigió hacia el lugar donde estaba posado el canario. Suavemente, trató de desalojar al pájaro de allí. Pero, el remedio fue peor que la enfermedad, pues, de un rápido vuelo el canario se posó en lo alto de un cuadro que estaba colgado en una de las paredes.

La tía no sabía qué determinación tomar, y los niños tampoco osaban moverse por miedo de asustar al canario. Al fin, Miguelito, con voz suave, dijo a su tía:

—Tita, creo que si me subo sobre algo, podría atraparlo.

—Tendremos que probarlo, querido — respondió la tía —, pues de otro modo podríamos pasarnos toda la tarde tras el dichoso pajarito.

—Voy a subirme sobre los brazos del sillón — dijo el niño.

Dicho y hecho. Miguelito, con la agilidad propia de un niño de su edad, se descalzó y trepó sobre los brazos del sillón que se hallaba debajo del cuadro donde estaba posado Pipo.

El pajarito que, al parecer, no tenía nada de tonto, cuando vio que el niño se acercaba a él, fue retirándose por el

marco, hasta llegar a la otra esquina del cuadro. El niño hizo un último esfuerzo para alcanzar el canario, pero, de pronto, un pie le resbaló y... ¡cataplum...!, se fue hacia abajo.

Por fortuna, Miguelito había caído como medio sentado sobre el sillón, y no se hizo daño. Pero eso no quitó el susto que se llevaron tita María y Evita al verle resbalar y caer.

Entretanto, el pájaro, desde lo alto del marco, miraba con curiosidad todas aquellas peripecias, como si él fuera ajeno a todo aquel trajín.

—Ya se me va terminando la paciencia — dijo tita María. Como Pipo no baje de ahí, le voy a dar un escobazo.

La buena señora, sin aguardar más, cogió la escoba con aire decidido. El canario, que no perdía ningún detalle, al parecer, comprendió, y lanzándose prestamente desde lo alto del cuadro, voló hasta la misma portezuela de la jaula, donde se posó. Al cabo de un segundo, Pipo ya estaba balanceándose en el pequeño columpio de la jaula.

Después de cerrar cuidadosamente la portezuela, tita María apremió a sus sobrinitos para que se marcharan, pues con el incidente del canario había pasado bastante rato y temía que no llegasen a tiempo para asistir a la función de títeres.

Los niños, que con tanto ajetreo se habían casi olvidado de la función, salieron aprisa hacia la escuela. Durante el camino el uno le echaba las culpas al otro de lo sucedido. Como más que andar, corrían, los dos hermanitos no tardaron en llegar a la escuela; pero, cuál no sería su asombro, cuando al ir a entrar vieron pegado en la puerta un pequeño cartel en el que estaba escrito lo siguiente: "Prohibida la entrada. No hay más lugar".

—Te está bien empleado, Evita — dijo el niño. Así aprenderás a dejar a Pipo tranquilo.

—Igual empleado te está a ti — respondió la niña —, pues tú también te quedas sin función.

—Pero, no te das cuenta de que por tus trastadas, siempre salimos perdiendo — dijo Miguelito. El otro día me quedé sin ver el tren eléctrico, y hoy sin la función de títeres.

La niña, que en el fondo comprendía que sus travesuras no aprovechaban a nadie, calló. Los dos hermanitos, un poco mustios, tomaron el camino de su casa. El regreso no fue tan rápido, pero lo bastante para que la tía al verlos llegar tan pronto les dijera:

—Lo que yo me temía. Os habéis quedado sin función, ¿verdad?

—Sí, tita — respondió Miguelito —, cuando llegamos a la escuela hallamos un letrero anunciando que ya no había más lugar.

—Qué le vamos a hacer — respondió la buena señora—, otro día será.

Deseando que sus sobrinitos olvidasen cuanto antes aquel desengaño, tita María pensó que un buen medio para ello sería contarles alguna historia. Así, pues, les dijo:

—Como esta tarde tenemos tiempo, quisiera seguir contándoos la historia de la Navidad, especialmente un incidente en el que a José y María les ocurrió como a vosotros.

—¡Como a nosotros! — exclamó Evita. ¿Quieres decir que se quedaron sin ver una función de títeres?

—No es eso, querida — respondió la tía. Quiero decir que cuando ellos llegaron a Belén, no hallaron lugar. Pero, no adelantemos los acontecimientos y dejadme que os cuente la historia como es debido.

» Recordaréis que María, después de haber permanecido unos tres meses en casa de Isabel, volvió a Nazaret. Su esposo José, que era un hombre justo y piadoso, tuvo un sueño

en el que un ángel del Señor le declaró que la Virgen María, su esposa, tendría un hijo por la virtud del Espíritu Santo. Al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado y así, vivieron juntos, llenos de gozo y esperando el nacimiento del niño Jesús.

—Pero, tita, aún no nos has dicho nada de José, ¿qué es lo que hacía? — interrumpió Miguelito.

—Ya os dije que José, aunque descendía directamente de la casa real de David, en aquellos días era un humilde carpintero de aldea — respondió la tía.

—Y María, tita, ¿qué hacía? — preguntó con curiosidad Evita.

—Supongo que no creerás que era mecanógrafa, ¿verdad, querida? — respondió la tía. María como las demás mujeres de Nazaret, cuidaba de su hogar y de su marido, y como todas las que esperan ser mamás, prepararía las ropitas para su pequeño Jesús, a fin de que cuando naciera no le faltasen pañales ni otras cositas que todos los bebés necesitan. Pero, dejadme proseguir la historia.

» Cuando ya faltaba muy poco tiempo para que el niño Jesús naciera, salió un edicto del emperador romano César Augusto, a fin de que todo el mundo fuese empadronado. Cada uno debía ir a su lugar de origen y allí ser inscrito.

—Como no lo expliques mejor, tita, yo no entiendo nada de eso de ser inscrito o empadronado — interrumpió Evita.

—Pues, es muy sencillo — prosiguió diciendo la tía. En aquellos días, toda la tierra de Palestina, o sea, el país donde vivían José y María, formaba parte del Imperio Romano. Quiero decir, que hacía ya muchos años los soldados de aquel poderoso imperio habían vencido a los judíos y desde entonces mandaban en todas aquellas regiones.

—Y, si mandaban en el país ¿para qué querían que todos sus habitantes se empadronasen?—preguntó Miguelito.

—Pues, precisamente, para saber cuántos habían y, sobre todo, para que pagasen sus impuestos — respondió la tía. Ten presente que los emperadores romanos necesitaban mucho dinero y que trataban de conseguirlo de todas las naciones que habían dominado, entre las cuales se contaba España. Pero, voy a proseguir la historia.

» Os iba diciendo, que para empadronarse cada uno debía ir al pueblo o ciudad de donde era oriundo. Como José era de la casa y familia de David, tenía que ir a inscribirse a Belén, que era el lugar donde habían vivido los progenitores de aquel gran rey de Israel.

—Pero, ¿por qué José no se fue solo y dejó a su esposa en casa? — interrumpió Miguelito.

—No se sabe con certeza, querido — respondió la tía —, pero, hay dos motivos que nos hacen pensar en la conveniencia de que María fuese a Belén con su esposo. La primera razón es muy sencilla, José no quiso dejar sola a María en aquel trance, prefiriendo llevarla consigo, aun a riesgo de que ocurriera algo en el camino.

» El segundo motivo, es sólo una suposición. Como sabéis, las antiguas profecías anunciaban que el Mesías tenía que nacer en Belén. Sin duda, José y María conocían esta predicción del profeta Miqueas y vieron en este edicto imperial una señal de que se pusieran en camino hacia la ciudad de David, para que de este modo se cumpliera la profecía.

—Pero, tita, ¿tan peligroso era hacer un viaje desde Nazaret hasta Belén? — interrumpió Evita.

—En circunstancias normales, no era peligroso — prosiguió diciendo la tía —, pero, en el estado en que la Virgen María se hallaba, si lo era, pues de Nazaret a Belén habían unos 120 kilómetros, y en aquellos tiempos no era como en

los nuestros que esta distancia puede hacerse en helicóptero en una horita.

—Entonces, tía, ¿cómo hicieron el viaje? — preguntó Miguelito.

—Sin duda, viajaron como los pobres de su tiempo — contestó la tía. Lo más fácil es suponer que José se procurase un borriquillo para que condujera a su esposa, y él seguiría a pie a su lado.

—Viajando de esta manera no llegarían nunca — dijo Evita.

—Eres muy exagerada, hijita — respondió la tía. Tardaban en llegar, pero llegaban. Podemos calcular que el viaje de Nazaret a Belén les tomaría unos cuatro días, aunque hay que tener en cuenta el estado de María y el consiguiente cansancio que éste le produciría.

» Cuando llegó el momento oportuno, y después de tomar lo necesario para el viaje y el alumbramiento, José y María se pusieron en marcha, y a pesar de la fatiga, con la ayuda de Dios pudieron llegar sin novedad a Belén.

—Irían a posar en algún palacio, ¿verdad, tita? —interrumpió Evita.

—Tal mansión es lo que hubiera correspondido a aquella familia — prosiguió diciendo la tía —, pero, cuando llegaron a Belén no hubo rica morada para ellos, ni siquiera lugar en el mesón, que estaba abarrotado de gente.

»Para descansar de las fatigas del largo viaje, sólo hallaron albergue en un establo. Allí, en aquel lugar destinado a los animales de carga, tuvieron que acomodarse José y María como buenamente pudieron.

—Y, ¿qué ocurrió, tita, qué ocurrió? — preguntó ansiosamente Evita.

—Sucedió algo maravilloso — respondió la tía —, pero, ahora no os lo puedo contar, pues es hora de prepararos la merienda, ya que si merendáis tarde luego no cenáis.

VI

NACIMIENTO DE JESUS

Estaban comiendo tranquilamente, cuando a tita María se le ocurrió poner la radio para saber cómo iba el mundo, pues, la buena señora, con tantos quehaceres, apenas se enteraba de lo que ocurría.

Las noticias eran las de siempre. Un avión que se estrella por aquí, otro por allá. Un terremoto por allí, otro por acá. En fin, calamidades y más calamidades. Se diría que los redactores de noticias tenían empeño en escoger siempre las peores, para mostrar que nuestro mundo es un valle de lágrimas.

Harta de oir tantas desgracias, iba a cerrar la radio, cuando de pronto, el locutor anunció una extraordinaria noticia de última hora. Tanto la tía como sus sobrinitos, quedaron pendientes de aquella noticia y esperando que, al menos, sería buena.

No puede decirse que fuera buena ni mala, pero sí que era fenomenal. El locutor, teniendo de propósito en vilo a los radioyentes, al fin dijo:

"Por segunda vez en la historia de la humanidad, un hombre ha conseguido volar sin la ayuda de ningún artefacto, a la velocidad de unos 28.000 kilómetros por hora".

Miguelito, quien como todos los niños de su edad era un amante de la velocidad, abrió sus ojos de un modo desproporcionado y, mirando fijamente a su tía, dijo:

—Tita, ¿crees que eso es verdad?

—Claro que lo es, hijito — respondió la tía. Después de todo lo que hemos visto y oído en estos últimos tiempos, no hay ya por qué asustarse. Y, como Dios nos dé vida, aún veremos muchas cosas más.

—Pero, tita, ¿ese hombre tendría unas alas muy grandes para volar tan deprisa? — dijo ingenuamente Evita.

—Ni alas, ni siquiera una pluma — respondió la tía. Has de saber, querida, que eso ha ocurrido en el espacio, a unos centenares de kilómetros de la tierra, en donde la atracción es muy débil.

—Sí, tita, pero si no tenía alas ni instrumentos, alguien le tuvo que dar el primer empujón — dijo Miguelito.

—Mira, hijito, yo de estas cosas entiendo muy poco, pero es lógico que al salir de la cabina espacial, el cosmonauta tomara la misma velocidad que dicho ingenio — respondió la tía.

—Pero, ¿cómo volaba entonces, tita? — preguntó Evita.

—Eso de volar, es un decir — contestó tita María. Igualmente podía hablarse de nadar o andar. El caso es, que el cosmonauta se desplazaba por el espacio a la misma velocidad de la cabina, aunque, según tengo entendido, utilizaba una pistola de aire que le permitía movimientos más rápidos, e incluso cambiar de dirección, pues de otro modo no hubiera podido de nuevo penetrar en la cabina espacial.

Como la comida ya había terminado, tita María dejó de hablar de aquella proeza extraordinaria, para dedicarse a algo más ordinario, como era el poner orden en la cocina y fregar los platos.

Los niños, sabiendo que aquella tarde sus primitos vendrían a jugar con ellos, esperaron un poco. Eunice y David no tardaron en llegar, y los cuatro salieron al jardín con el propósito de divertirse lo más que pudieran.

Con tanto jugar y corretear, pronto entraron en calor. Eunice propuso que jugaran a saltar, pues en su escuela les hacían saltar y ella quería entrenarse. Echaron suertes para ver a quien le tocaría saltar primero, y les tocó a las niñas. Así que, Miguelito y Davicín estuvieron sosteniendo la cuerda mientras las dos primitas saltaban cada vez más alto.

Viendo saltar a las niñas, Miguelito se puso a pensar en la noticia de la radio y, particularmente, en aquel hombre que había volado con tanta facilidad, con la sola ayuda de una pistola de aire. Cuando las dos primitas no pudieron saltar más alto y les tocaba el turno a los niños, Miguelito, con cierto aire de misterio dijo:

—Si prometéis ayudarme, yo quisiera intentar volar como aquel cosmonauta del que ha hablado la radio.

Eunice, dirigió una rápida mirada a su primita dudando que Miguelito estuviese hablando en serio. Evita asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—De acuerdo, Miguelito, ¿qué es lo que tenemos que hacer?

—Pues, ayudarme a subir a este árbol, y preparar un buen montón de hojas y hierba seca debajo de él.

—¿Quieres decir que vas a subir a este árbol y te vas a tirar desde lo alto? — preguntó Eunice con asombro.

—No es que me vaya a tirar desde allí, sino que me voy a echar a volar — respondió ufano Miguelito.

—Me parece que lo que estás buscando es romperte algún hueso — dijo Eunice con ironía. ¿No comprendes

que para volar es necesario tener alas? ¿no te habrás vuelto un pajarito, verdad?

—Ni pajarito ni pajarraco — respondió el niño un poco mosqueado. Has de saber que hoy mismo han dicho por la radio que un hombre ha volado sin alas por el espacio, y que para ello sólo ha utilizado una pistola de aire.

—¡Ah!, si es que vas a volar con una pistola de aire, me callo — respondió la niña en tono jocoso. Lo malo es que no tienes esa pistola.

—¿Qué no la tengo? — replicó Miguelito. Ahora verás.

Y, en diciendo esto, el niño echó a correr hacia la casa no tardando en regresar con una pequeña pistola de juguete, de esas que disparan tapones de corcho.

Viendo que Miguelito estaba decidido a volar, sus primitos trataron de amontonar debajo del árbol toda la hierba y hojas secas que pudieron recoger por el jardín. Entretanto, el niño examinaba su pistola para estar seguro de que funcionaba a la perfección. Cuando vió que el montón de hojarasca era bastante grande, Miguelito, ayudado por David y las niñas, se encaramó hasta la copa del árbol.

Al verse a aquella respetable altura del suelo, se le ocurrió pensar que lo lógico hubiera sido que llegase hasta allí volando también. Sin embargo, se consoló pensando que los cosmonautas no empiezan a volar hasta que están a cierta altura. La verdad era que, ahora, mirando las cosas desde lo alto del árbol, su idea de volar le parecía un poco disparatada, pero, por miedo a las burlas de sus primitos y, especialmente de Evita, decidió jugarse el todo por el todo.

—Antes de echarte a volar, procura ver bien donde está el montón que hemos hecho en el suelo — dijo Evita, temiendo lo que pudiera ocurrirle a su hermano.

—Y, sobre todo, no te eches de cabeza, pues sólo tienes una — agregó en tono burlón Eunice.

Aquellas indirectas de las niñas, fueron el empujoncito que necesitaba el amor propio de Miguelito, para decidirse. Se puso derecho sobre una gruesa rama, apoyándose con una mano en el tronco. En la otra mano tenía la pistola de juguete. El niño cerró los ojos, y apretó el gatillo. Tan pronto oyó el ruido que produjo la salida del tapón, se lanzó al vacío.

Naturalmente, a pesar de la pistola y del salto que dio, el niño no voló, o si voló, fue hacia abajo y no hacia arriba como él pretendía. Por fortuna, cayó de pie encima del montón, aunque el impulso que llevaba le hizo quedar de bruces sobre la hierba y las hojas, medio cubierto por éstas.

Los niños corrieron hacia el montón para ver si Miguelito se había hecho daño. No parecía tener ningún hueso roto, pero, daba risa verle cubierto de hierba y hojarasca.

—Parece que con el vuelo te han salido plumas por todas partes — dijo Eunice con ironía.

—Serán las plumas de algún pájaro que habrá matado con su pistoletazo — agregó Evita, echándose a reir.

—¡Dos pájaros de un tiro, dos pájaros de un tiro! — exclamó David, lanzando una ruidosa carcajada.

Miguelito un poco corrido por el cómico fin de su aventura, empezó a sacudirse las hojas y la hierba. Mientras lo hacía, los otros niños no dejaban de reirse y decir todas las ocurrencias que les venían a la mente. Tanto jolgorio armaron, que tita María quiso saber qué ocurría.

La buena señora, ante aquel espectáculo, tuvo que hacer esfuerzos para no reirse, aunque de buena gana lo hubiera hecho. Sin embargo, adoptando una actitud seria, dijo a los niños que entrasen, pues ya era hora de merendar. Después que hubieron merendado, la tía quiso saber algunos detalles de lo ocurrido, y sentándose en medio de sus sobrinitos les dijo:

—Ya he oído que os habéis divertido mucho en el jardín esta tarde.

—Muchísimo, tita, pero, el que se ha divertido más ha sido Miguelito — respondió Eunice.

—A ver si me cuentas lo que ha pasado, hombre — dijo tita María con curiosidad.

—Pues... nada, tía — contestó el niño. Quise probar a volar como aquel cosmonauta del cual oímos por la radio, pero... me caí de narices.

Al oír esta sincera confesión de Miguelito, los tres niños se echaron a reir con todas sus ganas. Tita María, ante aquella explosión de hilaridad, estuvo tentada de dejarse llevar también ella por la risa, mas, por amor al niño, salió en su defensa diciendo:

—No sé a qué viene tanta risa. Así han empezado los experimentos y proezas, y quien sabe si Miguelito algún día llegará a ser cosmonauta y podrá volar por el espacio.

—¿Verdad que sí, tita? — dijo ingenuamente el niño.

—Eso es sólo una suposición, Miguelito — respondió la tía. Mas, por el momento, te aconsejo que no intentes volar así otra vez, no sea que te ocurra lo que al burro del gitano, que ya sabes que voló para no volver más.

El ambiente era tan agradable y el momento tan propicio, que tita María quiso aprovechar aquella ocasión para proseguir contando la historia de la Navidad. Así pues, les dijo:

—Lo ocurrido a Miguelito me recuerda que la noche en que nació Jesús sucedieron cosas extraordinarias, particularmente, unos seres que volaron por los campos de Belén glorificando a Dios.

—¿Quieres decir, tita, que aquellos pastores de Belén volaron? — preguntó Evita asombrada.

—Quién ha hablado de pastores que volaban — respondió la tía. Yo sólo he dicho que unos seres volaron por aquellos campos, glorificando a Dios. Pero, mejor será que os cuente la historia, pues veo que alguno de vosotros no os acordáis bien de ella.

» La última vez, os conté cómo a causa del empadronamiento, José y María tuvieron que hacer un viaje a Belén para ser inscritos allí. Cuando llegaron a aquella aldea, no hallando albergue en el mesón, tuvieron que pasar la noche en un establo, que algunos piensan que era una cueva.

—Pero, tita, si aquel lugar era un establo, estaría lleno de animales — dijo David.

—No se sabe con certeza, querido, porque el Evangelio no lo dice — prosiguió diciendo la tía. Hubieran o no animales, el caso fue que aquella misma noche, en tan humilde lugar, nació el niño Jesús, quien no debéis olvidar que era el Rey de reyes y el Señor de señores.

—Y ¿por qué nació allí y no en un palacio? —preguntó Evita.

—Sin duda, hijita, para darnos el ejemplo más grande de humildad — respondió la tía. Es fácil suponer que si Jesús hubiera nacido en una señorial mansión o en un palacio real, los niños de humilde condición, como vosotros, no hubieran tenido confianza para acercarse a El.

» Además, pensad que el Señor escogió de propósito aquel humilde lugar de nacimiento, porque con el tiempo aún se humillaría más por nosotros. En efecto, si para nacer escogió un lugar pobre, para morir eligió un lugar más pobre aún, por no decir vil e ignominioso, pues bien sabéis que murió clavado en una cruz en el monte Calvario.

—Pero, tita, ¿dónde acostaron al niño Jesús? — preguntó Eunice. Porque supongo que en los establos no hay cunitas.

—Tienes razón, querida — prosiguió diciendo la tía. En aquel establo no había ninguna cuna, y se las tuvieron que arreglar como pudieron. La Virgen María, después de envolver el niño en pañales, le acostó en un pesebre, que le sirvió de cunita.

—Pues yo, tita, no lo creo así — dijo Evita. En todas las estampas y pinturas que he visto, el niño Jesús estaba desnudito.

—Lo creas o no lo creas, el Evangelio dice que María *"envolvió a su hijito en pañales y lo acostó en un pesebre"* —respondió la tía. Además, querida, creo que los que pintan desnudito al niño Jesús, no solamente se apartan de la verdad, sino que desacreditan a la Virgen, presentándola como una madre negligente.

—Tienes razón, tita — dijo Eunice. Yo creo que la Virgen María procuró que su hijito no pasara frío ni tuviera la menor molestia en aquella improvisada cuna. Pero, ahora recuerdo que nos querías hablar de unos seres que aquella misma noche volaron por los campos de Belén.

—A eso iba, querida — prosiguió diciendo la tía. En los campos cercanos a aquella aldea, habían unos pastores que estaban velando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Parecía que aquella noche iba a ser como otras tantas, cuando, de repente, se les presentó un ángel, y la gloria del Señor les envolvió con su luz.

—Y aquel ángel, ¿vino volando, tita? — preguntó Miguelito con interés.

—No se nos dice cómo vino el ángel, aunque lo más seguro es que viniera volando — respondió la tía. Lo que sí se nos dice, es que los pastores, ante aquella aparición, quedaron sobrecogidos de temor. Fue entonces que el mensajero celestial les dijo:

"No temáis, pues he aquí que os traigo una buena nueva, que será de grande alegría para todo el pueblo: que os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y esto os servirá por señal: hallaréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre."

—Y, ¿fue entonces que los pastores volaron? — preguntó Evita.

—Y dale con los pastores y con los vuelos — respondió la tía. Que yo sepa, ningún pastor voló. Los que sin duda vinieron del cielo volando, fueron muchos ángeles, los cuales, juntándose al primer mensajero celestial, alababan y glorificaban a Dios, anunciando la paz a los hombres.

» Cuando los ángeles se fueron de nuevo al cielo, los pastores se dijeron unos a otros que valía la pena ir hasta Belén para ver lo que el Señor les había anunciado por el ángel. Así lo hicieron prestamente, y cuando llegaron y hallaron al niño Jesús acostado en el pesebre, contaron lo que el ángel les había declarado acerca del recién nacido. Todos estaban maravillados oyendo lo que decían los pastores, los cuales se volvieron al campo, alabando y glorificando a Dios por lo que habían visto y oído.

—Bueno, tita, pero, aquellos ángeles que se fueron de nuevo al cielo, ¿se irían volando, verdad? — preguntó Miguelito.

—Aunque no lo dice el Evangelio, supongo que sí — respondió la tía enfurruñada.

—¿Volarían con alas o sin alas, tita? — insistió el pequeño Davicín.

—Cualquiera lo sabe — contestó tita María, un poco nerviosa. Pero, lo que yo sé es que ahora mismito nos vamos a ir todos volando. Yo a la cocina, y vosotros a terminar vuestros deberes de la escuela.

VII

PRESENTACION EN EL TEMPLO

El día estaba lluvioso. La mañana había pasado rápidamente, pero, con cuánta lentitud transcurría la tarde. A Miguelito y Evita los minutos se les hacían horas en espera de sus primitos con los cuales iban a visitar los almacenes de la ciudad.

Tita María, viendo que lo mejor para sus sobrinitos era tenerlos ocupados entretanto que esperaban, ideó algo que sabía les iba a gustar mucho. Llamando a los niños, les dijo:

—He pensado dar una sorpresa a Eunice y David. Vamos a hacerles un buen pastel, pero lo vais a preparar vosotros solos.

—Menudo pastel va a salirnos, tita — dijo Miguelito con cierto humor.

—Si tú no te atreves a hacerlo, aquí estoy yo para demostrarte que soy una buena pastelera —dijo Evita.

—Lo mejor será que yo os guíe al principio y os dé la fórmula, y luego veréis lo fácil que os resultará hacerlo — agregó en tono conciliante la tía.

Los tres pusieron manos a la obra, y mientras tita María sacaba la harina, el azúcar, la levadura y los huevos, los dos hermanitos se disponían a repartirse la tarea.

—Miguelito, como tiene más fuerza que tu, se encargará de batir los huevos y de dar vueltas a la masa antes de meterla en el horno — dijo la tía. Por tu parte, Evita, te ocuparás de medir bien las cantidades de harina, azúcar, mantequilla y levadura.

—Estoy segura, tita, que todo saldrá bien, y que el pastel estará muy rico — dijo Evita.

Tita María, después de dejarles la fórmula bien clara y encender el horno para que se fuera calentando, dejó solos a los niños en la cocina, pues tenía otras cosas que hacer.

Evita que se había puesto un delantalito muy cuco, viendo que su hermano no hacía nada, le dijo:

—Parece que te has quedado encantado. A ver si te espabilas, pues a este paso no habrá pastel o si lo hay nos lo tendremos que comer crudo.

—Mira, Evita, yo de estas cosas no entiendo nada — respondió el niño. Si quieres que haga algo, dime lo que debo hacer.

—Pues, nada más fácil — dijo Evita. Ya puedes empezar a batir estos seis huevos. Mientras, yo mediré la harina, el azúcar y la mantequilla.

Miguelito, casi como un autómata, empezó a batir los huevos, pero lo hacía con tanta fuerza que, de no haber intervenido su hermanita, hubieran encontrado huevo batido por toda la cocina.

—Cómo se ve que no has nacido para pastelero — dijo Evita. Ahora, tendrás que mezclar los huevos batidos con la harina, la mantequilla y el azúcar que he preparado, y luego batirlo todo mucho rato hasta que veas que la pasta está a punto.

—Eso de a punto lo sabrás tú, pues, como te he dicho antes, yo no entiendo nada de pasteles, y sería capaz de meterlo todo, tal como está, en el horno — respondió el niño.

Y, en diciendo esto, Miguelito empezó a dar vueltas a aquella masa. Cuanto más la batía, más espesa estaba y, naturalmente, llegó un momento cuando el niño se cansó.

—Bueno, Evita, ya me dirás cuándo tengo que dejar de batir esta masa, pues creo que uno se murió dando vueltas a una pasta así — dijo el niño.

—No vales para nada, Miguelito — respondió la niña, acercándose al lugar donde su hermanito estaba batiendo la masa.

No tardó en estar a punto la pasta y, después de ponerla en un molde, la metieron en el horno.

—Ahora tenemos que contar bien el tiempo — dijo la niña —, pues si está más de lo que debe estar puede quemarse, y, si menos, la masa no subiría.

Miguelito empezaba a interesarse por aquel experimento que era nuevo para él. Al cabo de un rato, empezando a oler algo muy rico, dijo a su hermanita:

—Creo que ya debe estar hecho el pastel, Evita, pues empieza a oler bien.

—Yo también lo he olido, pero todavía no es tiempo de sacarlo — respondió la niña. Lo mejor que podemos hacer es abrir un poquito el horno para ver si ha subido la masa.

Con mucho cuidado, los dos hermanitos abrieron un poco el horno y, aunque olía bastante bien, vieron con sorpresa que la masa no había subido.

—Ya te decía yo, Miguelito, que todavía no era tiempo — dijo la niña.

Miguelito prefirió callar y esperar. El tiempo iba pasando y el olor iba también en aumento hasta tomar algo así como un puntillo de quemado.

—Me parece que debes sacarlo, Evita — dijo el niño un poco impaciente. Esto huele demasiado, y me parece que ya se está quemando.

Evita, sin pedir consejo a su hermano, abrió de nuevo el horno y vio que el pastel seguía igual. La masa no había subido. Sin embargo, el olor a quemado aumentaba, y no sólo aumentaba, sino que empezaba a extenderse más allá de la cocina. Cuando tita María, que tenía muy buen olfato, lo olió, se dirigió rápidamente a la cocina y entrando, dijo:

—Por el olor, me parece que en vez de un pastel, estáis haciendo chicharrones. ¿No os dais cuenta que se está quemando?

—Te aseguro, tita, que no está hecho — respondió Evita. Ahora mismo acabo de mirarlo y todavía no había subido la masa.

—Pero eso no tiene nada que ver para que se esté quemando, chiquilla — dijo tita María. Como no lo saquemos enseguida nos encontraremos con un pedazo de carbón en vez de un pastel.

Y, diciendo esto, la tía abrió el horno de par en par. En medio de un humo que despedía un fuerte olor a quemado, sacó el pastel. Mejor se podría decir que sacó el molde, pues del pastel apenas quedaba nada. Sólo algo muy quemado y de color negruzco.

—Lo que os decía — exclamó la tía. Esto no llega a ser ni un chicharrón. Es carbón puro.

—Pues te aseguro, tita, que yo he seguido fielmente tus instrucciones — dijo Evita. Sino, que te lo diga Miguelito; el pobre ha estado sudando, dando vueltas y más vueltas a la masa.

—Sin duda has seguido mis instrucciones, pero te habrás olvidado de algo — prosiguió diciendo la tía. Dime, ¿has puesto la levadura necesaria?

—¡Oh! — exclamó Evita, llevándose las manos a la cabeza. Sólo me he olvidado de poner eso, todo lo demás lo puse como me dijiste.

—Pues, hijita, ese pequeño olvido ha bastado para que no suba la masa — dijo la tía.

En esto, oyeron llamar a la puerta. Eran los primos que habían llegado. Tan pronto entraron, los dos olieron aquel extraño olor. Eunice, que aventajaba en buen olfato a su hermano, dijo:

—Aquí huele muy mal, ¿no habrá ocurrido algún incendio, verdad?

—Casi, casi — contestó Miguelito. Pero, lo malo no es esto, es que nos hemos quedado sin pastel.

Evita disimuló como pudo, y la tía, tratando de cortar aquella conversación, dijo:

—Cuando estéis preparados nos vamos. Os espero en la puerta.

En menos tiempo del que se tarda en decirlo, los cuatro primitos ya estaban en camino, acompañados de su buena tía. Aunque estuvieron tentados de entrar en algunos almacenes, prefirieron seguir adelante hasta llegar a los Almacenes Unidos, pues tita María había prometido a Miguelito que aquella tarde, sin falta, podría ver a su gusto el tren eléctrico de juguete que allí se exponía.

Recordando lo ocurrido a Evita hacía pocos días, la tía, al entrar en el gran almacén, no perdía de vista a sus sobrinitos. Ni siquiera miró hacia la escalera mecánica, de tan triste memoria. Dirigiéndose directamente a la escalera principal, tuvo buen cuidado de que todos los niños subieran delante de ella hasta llegar al primer piso, que era donde estaban expuestos los juguetes.

Mientras Miguelito y Davicín contemplaban extasiados cómo el pequeño tren eléctrico iba dando vueltas y más

vueltas, las dos primitas miraban embelesadas las distintas clases de muñecas que estaban en la sección de juguetería para niñas.

Después de mirar hasta la saciedad sus juguetes preferidos, los cuatro primitos rogaron a su tía que les llevase al último piso del gran almacén, en donde habían oído decir que se hallaba el Papá Noel.

—Eso son cosas que no se veían cuando yo era pequeña — dijo asombrada la tía. A quién se le habrá ocurrido traer al Papá Noel, ¡cómo si no hubiera bastante con los Reyes Magos!

A pesar de estas palabras, y ante la insistencia de sus sobrinitos, tita María cedió al deseo de los pequeños, y juntos se dirigieron hacia el último piso.

No hubo necesidad de preguntar en dónde se hallaba el Papá Noel, pues enseguida vieron una multitud de niños alrededor de un anciano de gran estatura y luenga barba blanca. Pero no sólo el Papá Noel era la atracción de los niños por su chillón atuendo y por sus largas barbas, sino además porque regalaba caramelos a todos los pequeños que se acercaba a él para saludarle.

En una ocasión, cuando el buen viejo intentó tomar a un niñito en sus brazos, el pequeño salió a todo correr, prefiriendo quedarse sin caramelo a sentirse entre los brazos de aquel gigantón.

Después que los cuatro primitos hubieron reído no poco con las ocurrencias del Papá Noel y el miedo de alguno de los niños que le rodeaban, tita María dijo a sus sobrinitos que había llegado la hora de volver a casa. Los niños, refunfuñando un poco, siguieron a su tía, a quien pidieron les permitiera dar una última ojeada a sus juguetes preferidos.

Llegaron a casa con un buen apetito, pero, el olor a quemado que todavía persistía les recordó que habría merienda, mas no pastel.

Cuando la tía reunió a sus sobrinitos en el saloncito, quiso saber si les había gustado el paseíto de aquella tarde, preguntándoles:

—¿Qué es lo que os ha gustado más?

—A Evita y a mí, las muñecas — contestó Eunice.

—A mí, el tren eléctrico — respondió Miguelito.

—Pues, a mí, el Papá Noel — agregó el pequeño David.

—Eso no me lo esperaba yo — dijo la tía asombrada. Y, ¿por qué te gustó el Papá Noel más que las otras cosas?

—Porque repartía caramelos — respondió Davicito.

—Ahora lo comprendo, David, tú siempre vas a lo práctico — dijo la tía. Pero, entonces, ¿por qué no quisiste que te cogiera en brazos aquel buen anciano?

—Eso ya es otra cosa — respondió el niño —, la verdad es que aunque me gustaba, me daba un poco de miedo.

Tita María, observando la atención de sus sobrinitos, creyó que se le presentaba una ocasión favorable para seguir contándoles la historia del niño Jesús, y, a tal fin, les dijo:

—Hoy os quisiera contar lo que le ocurrió al niño Jesús cuando fue llevado por vez primera al templo de Jerusalén. También allí había un viejecito que le tomó en sus brazos.

—No sería otro Papá Noel, ¿verdad, tita? — preguntó sorprendido David.

—No, querido, en aquellos tiempos todavía no se había inventado esa historia del Papá Noel — respondió la tía. Pero, dejadme que empiece la narración como es debido.

» Sin duda recordaréis que el niño Jesús nació en Belén, en aquel lugar tan humilde, y cómo los ángeles del cielo anunciaron la feliz noticia a los pastores. Cuando hubieron

pasado ocho días, el niño Jesús fue circuncidado. Era durante esta ceremonia que se ponía el nombre a los niños. Sin duda, sabréis por qué a aquel niñito le llamaron Jesús.

—Pues, claro — respondió Evita —, todo el mundo sabía que se llamaba Jesús, como ahora también lo sabemos.

—Yo no lo veo tan claro — dijo la tía. En aquel momento casi nadie lo sabía, y ahora lo sabemos porque el Evangelio lo dice. Lo que os pregunto, es si podéis decirme la razón de que le pusieran tal nombre.

—Si no me equivoco, tita, le llamaron Jesús, porque el ángel así se lo dijo a la Virgen María — dijo Miguelito.

—Y también se lo había mandado a José — agregó Eunice.

—Esa es la principal razón — dijo la tía —, aunque no debéis olvidar que además del mandato del ángel, el nombre de Jesús le convenía perfectamente al recién nacido, puesto que en hebreo quiere decir: "Jehová salva", o, como diríamos en nuestros días, "Salvador".

—¿Y fue entonces cuando el viejecito le tomó en sus brazos? — interrumpió Davicín.

—No, querido; sigue escuchando con atención, pues ahora os lo voy a contar — prosiguió diciendo la tía.

» Siendo José y María judíos muy piadosos, estuvieron esperando que transcurrieran cuarenta días para ir al templo de Jerusalén, con el fin de cumplir dos ritos que establecía la ley: la presentación del niño ante el Señor, y la purificación de María.

—Pero, tita, ¿no nos acabas de decir que ya habían circuncidado al niño Jesús? — dijo Evita.

—Así es, pero la circuncisión era una ceremonia que no tenía nada que ver con la presentación del niño ante el Señor — continuó diciendo la tía. La ley de Dios ordenaba que cuando una familia tuviera su primer hijo debían llevarlo al templo de Jerusalén a los cuarenta días. Allí los padres ofrecían o consagraban su primogénito a Dios, como señal de que le pertenecía sólo a El. Y para mostrar que era así, pagaban el rescate, que consistía en cinco siclos de plata, los cuales entregaban al sacerdote judío que oficiaba el rito.

—Seguramente, aquel sacerdote judío era el viejecito que le tomó en sus brazos, ¿verdad, tita? — preguntó David.

—No, querido, tampoco era ese, pero no tardó en llegar — respondió la tía. Después que la Virgen María cumplió los requisitos legales para su purificación, presentando la ofrenda de los pobres, o sea, un par de tórtolas o dos palominos, ocurrió algo extraordinario en el templo, que llenó de estupor a todos los que allí se hallaban.

— Apareció el viejecito, ¿verdad? — preguntó entusiasmado Davicín.

—Así es, querido — prosiguió diciendo la tía. Cuando menos lo esperaban José y María, se acercó a ellos un viejecito llamado Simeón, que era muy justo y piadoso. Este buen anciano había deseado tanto ver a Jesús, que Dios le había prometido que no moriría antes de haberle visto. Podéis, pues, imaginaros la sorpresa que tuvo el viejecito Simeón cuando, mirando fijamente al niñito que María llevaba en sus brazos, vio que era nada menos que el propio Jesús, el Mesías a quien él por tanto tiempo había estado esperando. El anciano no pudo contenerse, pidió el niño a su madre y tomándolo en sus brazos, bendijo a Dios y dijo:

"Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra, pues mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo Israel."

—Tita, me parece haber leido que en el templo también había una ancianita — dijo Eunice.

—Tienes razón, querida — respondió la tía. Allí había también una ancianita muy piadosa que se llamaba Ana, la cual tenía ochenta y cuatro años de edad. Esta anciana, llegando en aquel preciso momento, glorificaba a Dios y hablaba del niño Jesús a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

—¿Y qué hizo luego el viejecito? — preguntó Davicito.

—No lo sé, querido — respondió la tía —, pero, sin duda, poco después de haber recibido al niño Jesús en sus brazos murió y fue al cielo, como van todos los que reciben al Señor Jesús como su nombre indica, es decir, como "Salvador".

VIII

ADORACION DE LOS MAGOS

Iban ya a salir de casa, cuando de pronto, tita María dijo a sus sobrinitos:

—Buena la hacíamos; nos olvidábamos de lo más importante.

—Es verdad, tita — exclamó Evita. El pequeño Agustín se iba a quedar sin regalo.

Tita María fue en busca del paquetito, y los tres se encaminaron hacia el hogar de tía Loida, la joven mamá de Agustín. Aquella Nochebuena el niño cumplía su primer añito, y sus papás habían convidado a merendar a los primitos del chiquitín.

Evita estaba contentísima, pues no sólo podría ver a su primito, sino también a su primita Abigail, a quien no tenía mucha ocasión de ver por la gran distancia que les separaba.

Es difícil describir el momento del encuentro. Las exclamaciones de las dos hermanas, se confundieron con los gritos de júbilo de los pequeños. Pero, la mayor sorpresa la tuvieron al ver venir hacia ellos al pequeño Agustín.

—Pero, si ya anda — dijo con asombro tita María.

—Mira, tita, parece un hombrecito — agregó Evita.

Miguelito, sin decir nada, se dirigió hacia su primito para felicitarle con un sonoro beso por aquellos primeros pinitos. Evita, para no ser menos, tomó al niño en sus brazos no cesando de darle besos, hasta que tita María se lo tomó diciendo:

—Basta ya de besuqueos, que yo también tengo mis derechos.

Juntos entraron en el saloncito donde tía Loida había preparado una apetitosa merienda, en la que no faltaba un hermoso pastel de cumpleaños sobre el que se destacaba una velita. El pequeño Agustín, todavía en brazos de su tía señaló hacia la mesa, diciendo:

—Tata..., tata.

Evita y Abigail, que estaban junto a la mesa, al oír hablar al niño se acercaron a tita María, y Evita le dijo:

—Anda, tita, déjanos al niño. Ya ves que está llamando a su hermanita.

—Eso es lo que vosotras creéis — respondió la tía. Agustín está señalándome la rica tarta que nos espera ahí, pero como todavía es pequeño, en vez de decir tarta, dice tata.

La tarde transcurrió tan rápidamente, que las dos hermanas apenas tuvieron el tiempo suficiente para pasar revista a todos los acontecimientos sucedidos desde la última vez que se habían visto. La merienda comenzada, pron llegó el momento de encender la velita del sabroso pastel, antes de empezar a cortarlo.

Tía Loida tomó al pequeño Agustín en sus brazos y le mostró hacia donde tenía que soplar. El niño, con un sonoro resoplido, apagó la velita entre los vítores de sus primitos y hermanita. Tita María, después de felicitar de nuevo al pequeño y a la mamá, y de entregarles el regalito, dijo:

—Siento, Loida, no poder esperar a tu esposo, pues ya sé que llega muy tarde del trabajo. Está anocheciendo y no quisiera llegar demasiado tarde a casa.

Llegó el momento de las despedidas, el cual parecía interminable. Finalmente, tita María y sus sobrinitos pudieron escapar a tanto abrazo y beso, no sin antes prometer que volverían tan pronto como les fuera posible.

En el camino de regreso, pasaron por delante de varios almacenes. En todos ellos pudieron contemplar una gran variedad de juguetes. Pero, lo que llamó la atención de Evita, no fueron sólo los juguetes, sino los Reyes Magos que veía en cada almacén. La niña encontró tan raro eso, que dirigiéndose a su tía le dijo:

—Tita, ¿no dices que los Reyes Magos son tres?

—Así dicen querida — respondió la tía. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Por nada — dijo la niña. Mejor dicho, sí, te lo pregunto porque en cada almacén he podido ver a los Reyes Magos. Por lo menos he visto tres reyes blancos y dos negros.

—Más tarde te lo contaré, hijita — respondió la tía.

—Pero, tita, yo quisiera ver de cerca a un Rey Mago — continuó diciendo Evita.

Miguelito callaba, porque probablemente sabía el secreto. Los tres seguían andando, hasta que al llegar a la altura de los Almacenes Unidos y viendo Evita que también allí había un Rey Mago, dijo a su tía:

—Anda, tita, ¿déjame entrar a ver ese Rey?

Después de unos segundos de vacilación, tita María pensó que mejor sería entrar para aclarar de una vez las dudas de la niña. Así, pues, entraron en el almacén y se dirigieron hacia el lugar donde el Rey Mago estaba recibiendo las cartas que le entregaban los pequeños.

—¡Vaya Rey!, ése sí que debe ser de verdad, tita — exclamó Evita con asombro, al ver los ricos vestidos de aquel Mago y sus majestuosos ademanes.

—Al menos, de carne y hueso sí es — dijo Miguelito con un poco de ironía.

—¿Qué quieres decir con eso? — respondió Evita.

—Nada, querida, nada — dijo tita María en tono conciliante. Quiere decir que no es un Rey de cartón como esos que ponen en algunas tiendas para que sirvan de buzón a las cartas de los niños.

—Tita, no te enfades si aún te pido una cosa — dijo la niña. Yo quisiera acercarme más al Rey Mago, pues nunca he visto uno de cerca.

—Como quieras, Evita —respondió la tía —, pero, espero que no tendrás miedo cuando te halles a su lado.

—¡Ah!, pero, es que yo quisiera que tú vinieras conmigo — dijo la niña.

Cogida de la mano de su tía, Evita se puso detrás de los niños que hacían cola para entregar sus cartas al Rey Mago, o para saludarle. A medida que se acercaban a donde el Rey estaba, la niña podía ver más claramente sus preciosas y largas barbas blancas, así como sus vestidos que parecían verdaderamente los de un rey, aunque ella no había visto ninguno en toda su vida.

Cuando le tocó el turno a Evita, ocurrió algo imprevisto. Aquel Rey Mago, con majestuoso ademán, se inclinó hacia la niña que le tendía la mano, y después de tomársela entre las suyas, le dijo al oído:

—No te asustes, tonta; soy el tío Pepe, el portero de la esquina.

Al oír aquellas palabras, los oídos de la niña le empezaron a zumbar, y apretando más fuerte la mano de su tía apresuró cuanto pudo el paso para alejarse de allí. Tita María se dio cuenta de que algo raro le ocurría a su sobrinita. Un poco alarmada, dijo:

—¿Qué te pasa, Evita? ¿Qué te ha dicho el Rey Mago?

—Nada, tita, nada — respondió la niña, tratando de llegar lo antes posible al lugar donde su hermanito les aguardaba.

Tita María, observando el azoramiento de su sobrinita, no creyó prudente insistir. Los tres salieron del almacén, tomando el camino de casa. No habían andado mucho, cuando Miguelito, viendo el aire un poco mohino de su hermanita, le dijo:

—Parece que el Rey Mago no te ha recibido muy bien, ¿verdad? Y yo que me creía que se había inclinado para darte un besito.

Evita miró de reojo a su hermano, pero no contestó palabra. Tita María viendo que la cosa era más seria de lo que ella había pensado al principio, tomó la defensa de la niña, diciendo:

—Deja a tu hermana tranquila. Eres ya muy mayor para meterte con ella.

El resto del camino lo anduvieron en un impresionante silencio, aunque por la fuerte presión de la mano de la niña sobre la suya, tita María comprendió que era preciso aclarar cuanto antes lo ocurrido, pues Evita se mostraba excesivamente nerviosa. Así, pues, tan pronto llegaron a casa, pasaron a descansar al pequeño salón y la tía, sin rodeos, preguntó a Evita:

—Ahora, querida, cuéntame lo que te ha ocurrido con el Rey Mago.

La niña miró fijamente a su tía, luego dirigió otra mirada a su hermanito, y, al fin, como si quisiera echar de sí una pesadilla, dijo:

—No pasó nada, tita, pero... sólo quisiera preguntarte una cosa, ¿sabes si algún Rey Mago se llamaba Pepe?

Al oír tal pregunta, Miguelito lanzó una sonora carcajada. Tita María, que no esperaba una cuestión parecida, tuvo que hacer enormes esfuerzos para no seguir el ejemplo del niño. Evita, un poco confusa, no sabía a quién mirar, si a su hermanito que parecía padecer un ataque de risa, o a su tía, que apenas podía hablar. Finalmente, la tía logró dominarse y dijo:

—Pero, hijita, sólo a tí se te ocurren tales preguntas. ¿Por qué un Mago había de llamarse Pepe?

—Pues... porque él mismo me lo dijo — respondió ingenuamente Evita.

Otra estrepitosa carcajada de Miguelito resonó en el saloncito. Esta vez la tía tampoco pudo reprimir su risa y la propia Evita, contagiada por tanta hilaridad, se puso a reir de buen gusto. Cuando terminó aquel concurso de carcajadas, tita María dijo:

—Me parece que lo mejor que puedo hacer es contaros la historia de los Magos que vinieron a adorar al niño Jesús. Digo sólo Magos, porque en el Evangelio no dice que fueran reyes, y por la historia sabemos que no lo eran.

—Pero, eso de Magos, ¿qué quiere decir? — preguntó Miguelito.

—En vez de Magos, se les tendría que llamar "sabios", pues los Magos de Oriente eran unas personas reconocidas como maestros de religión y ciencia — respondió la tía.

—Así, tita, no eran esos Magos que predicen lo que va a suceder, o adivinan los resultados del fútbol — preguntó Evita ingenuamente.

—No, querida, en aquellos tiempos no se ocupaban de cosas tan triviales — continuó diciendo la tía. Ellos eran los encargados de educar a los hijos de las personas nobles o

ilustres, y en no pocas ocasiones eran los consejeros del rey. Pero, sobre todo, eran personas que se dedicaban al estudio de todas las ciencias que se conocían en aquel entonces, especialmente la Astrología.

—Ahora comprendo por qué vieron la estrella — dijo Miguelito.

—En efecto, querido — prosiguió diciendo la tía. Fue sin duda, observando el firmamento que un día descubrieron una nueva estrella, la cual por su fulgor o especiales características creyeron que anunciaba el nacimiento del rey de los judíos.

—Pues, sí que eran listos — exclamó Miguelito con asombro.

—Lo que yo no comprendo, tita, es cómo supieron por aquella estrella que había nacido precisamente el rey de los judíos — dijo Evita.

—Es verdad, no es fácil comprenderlo — respondió la tía. Ciertamente, es muy raro que por la simple aparición de una nueva estrella en el firmamento dedujeran que el niño Jesús había nacido, pero, debéis tener en cuenta que en aquellos países de Oriente, tales como Babilonia, Persia y otros, vivían miles de judíos que habían sido llevados cautivos muchos siglos antes, los cuales, sin duda, contribuyeron a aquel extraordinario descubrimiento.

—Mira, tita, si no explicas mejor eso, yo no lo comprendo — dijo Evita.

—Trataré de hacerlo, querida, aunque lo que os voy a decir es sólo una suposición, pues no está escrito en el Evangelio — respondió la tía. Como sabéis, los judíos, a pesar de haber sido llevados en cautiverio, conservaban sus escrituras antiguas, o sea, el Antiguo Testamento.

» Es fácil, pues, que los Magos, que eran gentes dadas al estudio, conocieran algunas profecías antiguas, particu-

larmente la que decía que de *"Jacob saldría una estrella"*. El caso es, que de una forma u otra, pues tampoco debemos descartar que Dios mismo pudo revelarles el significado de la estrella, ellos comprendieron que el rey de los judíos había nacido y, tal fue su convicción, que se pusieron inmediatamente en camino.

—Veo que estás hablando en plural, tita — interrumpió Miguelito — pero, hasta ahora no nos has dicho cuántos Magos eran.

—No os lo he dicho, porque no se sabe con certeza — respondió la tía. El Evangelio no dice cuántos Magos vinieron de Oriente, aunque algunos han creído que eran tres, por los tres presentes que se mencionan en el relato bíblico. La verdad es, que no se sabe si eran tres o más. Pero, dejadme que prosiga la historia.

» Después de un largo viaje, desde un lugar de Oriente que tampoco se nos indica, los Magos llegaron muy cerca de Jerusalén que, como sabéis, era la capital de la nación judía. No es menester deciros cuánto se alegraron al ver los altos muros de aquella antigua ciudad, así como sus enormes palacios y su magnífico templo, cuyas cúpulas resplandecían bajo los rayos del sol. Sin duda, lo primero que pensaron fue que en alguno de aquellos hermosos palacios se hallaba el rey de los judíos que acababa de nacer.

—Pues, no veo que fueran tan sabios como tú dices, tita, porque el niño Jesús estaba en Belén — interrumpió Evita.

—Así era, querida, pero comprenderás que ellos no podían adivinar que el rey de los judíos no había nacido en un palacio, sino en un establo — respondió la tía. Además, tampoco sabían en qué palacio había nacido, y es por esa razón que empezaron a preguntar en dónde estaba el pequeño rey.

» No os podéis imaginar el revuelo que se armó en la ciudad cuando los Magos insistían en que alguien les acompañase al palacio donde había nacido el rey de los judíos. Tanto fue así, que la voz llegó hasta el rey Herodes, quien, llamando a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, se informó de ellos en qué lugar debía nacer el Cristo. Ellos, sin vacilar, le dijeron:

"En Belén de Judea, pues así está escrito por el profeta: Tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la más pequeña entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá el príncipe que pastoreará a mi pueblo Israel."

—Tita, ¿qué hizo el rey Herodes cuando oyó esto? — interrumpió Miguelito.

—Con mucha astucia, hizo llamar a los Magos secretamente — respondió la tía. Luego, quiso saber exactamente el tiempo de la aparición de la estrella y, enviándolos a Belén, les dijo que averiguasen acerca del niño, y cuando lo hubiesen encontrado se lo hicieran saber para que él también pudiera ir a rendirle homenaje.

—¡Huy, qué mentiroso era! — exclamó Evita.

—Sí, hijita, aquel rey era muy mentiroso y cruel — continuó diciendo la tía —, pero como los Magos no lo sabían, siguieron su consejo. Cuál no sería su sorpresa y alegría, cuando al salir de Jerusalén, camino de Belén, he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta que al llegar encima de la casa en donde estaba el niño Jesús, se detuvo.

—En vez de casa, querrás decir establo, ¿verdad, tita? — interrumpió Miguelito.

—No, querido — prosiguió la tía. El Evangelio dice que se detuvo sobre la casa. Sin duda, José y María se trasladaron en cuanto pudieron a una casa de Belén. Los Magos, entrando en aquel humilde hogar, vieron al niño, y de hi-

nojos le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra.

—¡Quién pudiera regalarle también esos dones al niño Jesús! — exclamó Miguelito.

—No hace falta que sean esos mismos dones, querido — prosiguió diciendo la tía. Ahora, el Señor ya no necesita tales cosas, pero puedes ofrecerle algo que a El le agradaría más, tu corazón, tu propia vida.

—Pero, tita, ¿aún no nos has dicho cómo se llamaban los Magos? — dijo Evita.

—Como os lo iba a decir, si ni yo misma lo sé, ni en el Evangelio tampoco está escrito — respondió la tía. Sin embargo, no creo que ninguno de ellos se llamase Pepe, como aquel buen hombre que estaba disfrazado de Rey Mago en los Almacenes Unidos.

IX

HUIDA A EGIPTO

Aquella tarde reinaba un impresionante silencio en la casa. Era algo raro, pues Miguelito y Evita, generalmente, armaban bastante ruido. Tita María, poco acostumbrada a tanta quietud, no pudo reprimir su curiosidad, y acercándose a la puerta de la habitación de Miguelito la abrió suavemente para ver lo que ocurría.

Al darse cuenta de que alguien abría la puerta, el niño levantó su cabeza y vio a su tía.

—Ven, tita, ven — dijo Miguelito. Verás algo que parece increíble.

La tía, ya tranquila viendo que nada malo le ocurría a su sobrinito, se acercó a la mesa en donde estaba sentado el niño, y éste, mostrándole un pequeño microscopio, le dijo:

—Mira por aquí, tita, y verás.

Tita María aplicó un ojo al pequeño lente y casi dio un grito, al ver moverse de una parte a otra unos pequeños animalitos. Mirando fijamente a su sobrinito, le preguntó:

—¿Quién ha traído estos bichitos aquí?

—Nadie, tita — respondió Miguelito sonriéndose. No es nada malo, como tú crees. Se trata de unos infusorios que viven en el agua. Lo que acabas de ver es simplemente una gota de agua aumentada por el microscopio.

—¿Quieres decir que nosotros bebemos esa agua tan llena de animalitos? — preguntó la tía.

—Claro que sí — contestó el niño —, pero, eso es algo normal, pues los infusorios se hallan en muchos líquidos.

—Pues, mira, Miguelito, si tienes que hacer muchos descubrimientos así, casi me arrepiento de haberte regalado el microscopio — dijo la tía. Y ahora, te dejo, voy a ver si también tu hermanita ha hecho algún descubrimiento con la maquinita de coser que le regalé.

Cuando tita María entró en la habitación de Evita, comprendió enseguida por qué la niña había estado tan calladita todo el tiempo. La halló afanada, cortando y cosiendo toda clase de vestiditos para sus muñecas.

—Veo que estás muy atareada, querida — dijo la tía.

—Muchísimo, tita — respondió la niña. Estoy preparando varios vestiditos para cuando esta tarde venga Eunice a jugar conmigo.

—No creo ya que tarden los primitos, pues prometieron que a las tres estarían aquí — dijo la tía.

En efecto, al cabo de poco rato, llegaron Eunice y Davicín a pasar la tarde con sus primitos. El niño se fue directamente a la habitación de Miguelito, pues estaba ansioso de hacer descubrimientos con el pequeño microscopio que habían regalado a su primo. Eunice tampoco perdió el tiempo, dirigiéndose a la habitación de su primita.

Las dos niñas, como si fueran dos modistas de alta costura, se pusieron a cortar, a coser, y a hacer y deshacer vestiditos. Entretanto, Miguelito y Davicín, adoptando cierto aire de investigadores, empezaron a observar toda clase de cosas a través del microscopio. Después que hubieron mirado todo lo que se puede mirar, Davicín, con ademán misterioso, se sacó una vieja moneda del bolsillo, y mostrándosela a Miguelito le dijo:

—Mira, he traído esta moneda egipcia para que la examinemos con el microscopio.

—¿Estás seguro de que es egipcia? — preguntó Miguelito.

—Tanto como seguro, no lo estoy — respondió Davicín. Lo único que puedo decirte, es que me la encontré en el jardín de mi casa, y, según tengo entendido, hace muchos años los egipcios desembarcaron por allí.

—Ya veo que aunque no estés fuerte en historia, imaginación no te falta — dijo Miguelito. Lo mejor será que examinemos la moneda con el microscopio para ver si es egipcia de verdad.

Los dos primitos hicieron todos los esfuerzos imaginables para descubrir si la moneda era egipcia o no lo era, pero, sin resultado, ya que lo único que el microscopio revelaba y aumentaba era la suciedad que cubría la supuesta pieza egipcia.

Cansados ya de mirar y remirar a través del microscopio, los dos primitos se pusieron a pensar en cómo pasar mejor el tiempo. De pronto, se le ocurrió una idea a Miguelito, quien, sin pensarlo más, dijo a Davicín:

—Qué te parece si nos disfrazáramos de momia egipcia y fuéramos a ver a Eunice y Evita.

—¿De momia egipcia? — dijo sorprendido Davicín.

—Sí, sí, de momia — prosiguió Miguelito. Voy a decirte cómo lo haremos. Tú te sientas sobre mis hombros, y luego, con esta sábana que yo te daré, te cubres cabeza y todo, y así pareceremos una momia.

—¿Y si me caigo? — dijo el pequeño.

—¡Cómo te vas a caer!, yo tendré cuidado de sujetarte las piernas — respondió Miguelito.

Aunque el pequeño David no estaba del todo convencido, no quiso contrariar a su primito, y así, los dos niños

empezaron a preparar su farsa. Miguelito puso la sábana al alcance de su mano y, poniéndose en cuclillas, dijo a Davicín.

—Ahora, siéntate sobre mis hombros. No tengas miedo, porque ya te he dicho que sostendré tus piernas debajo de mis sobacos con los brazos.

El pequeño David, sin la menor dificultad, se sentó sobre los hombros de su primo. Este, después de sujetarle fuertemente, se levantó con toda facilidad. Luego, tomando la sábana que había preparado, se la dio a Davicín para que se cubriera el cuerpo y la cabeza, procurando cubrirle también a él. Cuando se miraron en el espejo del armario, vieron que si bien no parecían una momia egipcia, su aspecto era imponente.

—Hasta que lleguemos a la habitación de las niñas no se te ocurra taparme con la sábana — dijo Miguelito. Podría tropezar y caernos los dos.

—Descuida que así lo haré — respondió Davicín.

Los dos primitos se dirigieron silenciosamente hacia la habitación de las niñas. Antes de abrir la puerta de la misma, Miguelito hizo señas a Davicín para que éste le tapara a él, y se cubriera completamente la cabeza y la cara.

Con un rápido movimiento, Miguelito abrió de par en par la puerta y exclamó:

—¡Soy una momia egipcia!

Evita, que estaba de espaldas, se sobresaltó al oír aquella voz. Eunice tuvo más serenidad, y mirando cuidadosamente a aquel esperpento, observó enseguida que por debajo de la sábana se veían los zapatos de su primito. Tocando el brazo de Evita, le señaló, en silencio, el calzado.

Viendo que nada ocurría, y no oyendo ningún grito ni señal de espanto, Miguelito no sabía qué hacer. Sin embargo, se decidió seguir adelante con la farsa y, con el propósito de asustar a las niñas, empezó a andar en dirección al lugar donde suponía que ellas estaban.

Las dos primitas, que advirtieron la intención de Miguelito, se pusieron a un lado de la habitación. Ocurrió lo que tenía que suceder. Como el niño no veía, ni Davicín tampoco por tener la cara cubierta con la sábana, a los pocos pasos tropezó con una silla. Fue tan fuerte el golpe, que Miguelito casi perdió el equilibrio. Al notar el pequeño David que podía caerse de cabeza, soltando la sábana, gritó:

—¡Socorro..., socorro...!

Aunque las dos niñas se estaban muriendo de risa, al oír aquellas voces, acudieron rápidamente en auxilio del pequeño David. A tiempo llegaron, pues el asustado niño ya iba a caerse de espaldas. Entre las dos evitaron su caída, y lograron dejarlo sentado en el suelo.

Naturalmente, los ruidos, las voces y las risas llamaron la atención de tita María, quien, apresuradamente se dirigió a la habitación para ver si algo malo había ocurrido.

Ante aquel espectáculo, la buena señora tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a reir, pues halló todavía a Miguelito en el suelo, medio envuelto en la sábana y a Davicín con una cara más blanca que la cera, mientras que las niñas hacían evidentes esfuerzos para reprimir sus risas.

—Está visto que no puedo fiarme de vosotros — dijo la tía. Así que vuelvo la espalda ya estáis haciendo alguna de las vuestras.

—No ha pasado nada, tita — respondió Eunice. Miguelito y Davicín nos han querido dar un susto disfrazándose de momia egipcia.

—Creo, querida, que no hacía falta que se disfrazasen, porque los dos están hechos unas buenas momias — dijo la tía con tono irónico. Lo mejor será que recojáis vuestras cositas y vengáis a merendar, pues ya va siendo hora.

Los niños salieron lo antes posible de la habitación por si recibían algún coscorrón. Pronto olvidaron lo ocurrido y merendaron con buen apetito, pues, por lo visto, las emociones no influían demasiado en las ganas de comer. Sin embargo, la tía quiso saber lo que había ocurrido y, sentándose al lado de sus sobrinitos, les dijo:

—A ver quién me cuenta lo que pasó.

—Pues, nada tía — respondió Miguelito. Como Davicín y yo nos estábamos aburriendo, pensamos en dar una sorpresa a las niñas disfrazándonos de momia egipcia.

—Y, por lo que vi, la sorpresa te la llevaste tú — dijo la tía.

—Y yo también — añadió el pequeño David.

Tita María, queriendo aprovechar aquel momento de tranquilidad, tomó como pretexto la alusión a la momia egipcia y dijo:

—Me gustaría continuar el relato bíblico que no pude terminar el otro día, porque, precisamente se habla en él de Egipto.

—¿De las momias de Egipto? — interrumpió Davicín con interés.

—No, yo no he hablado de momias para nada, sólo he mencionado Egipto — prosiguió diciendo la tía. Pero, mejor será que empecemos la historia como es debido.

» Recordaréis que vinieron unos magos de Oriente para adorar al niño Jesús. Después de haberle adorado y ofrecido dones, pensaron en volver a Jerusalén, la capital, para informar al rey Herodes de todo lo que habían oído y visto, a fin de que también él pudiera ir a rendir homenaje al niño rey.

—¡Buena la hubieran hecho! — exclamó Evita.

—Sí, hijita, en su inocencia estuvieron en un tris de cometer un crimen — continuó diciendo la tía. Pero, mientras

dormían, recibieron un aviso del cielo para que no se volviesen a presentar a Herodes, sino que regresaran a su país por otro camino. Tan pronto despertaron del sueño obedecieron al mandato celestial, y se pusieron en marcha hacia Oriente por una ruta distinta de la que habían venido.

» Poco después de la partida, José tuvo otro sueño en el cual se le apareció un ángel del Señor, diciéndole:

"Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te lo diga, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida."

—¡Huy, qué malo era aquel rey! — exclamó Davicín un poco asustado.

—No lo sabes tú bien, querido — prosiguió diciendo la tía. El rey Herodes fue tan malo que mató a su mujer y a alguno de sus hijos. Así que, no es de extrañar que también quisiera matar al niño Jesús, por miedo a que algún día le destronase.

—¿Y qué hizo José? — preguntó Eunice.

—Dice el Evangelio que aquella misma noche tomó al niño Jesús y a la madre y se marchó a Egipto — respondió la tía. No sabemos los días que tardarían en llegar a aquel país, pero, el caso es que se fueron enseguida de allí antes de que ocurriera algo malo al niño.

—¿Y vieron muchas momias en Egipto, tita? — interrumpió Davicín.

—Y dale con las momias — prosiguió diciendo la tía —. No creerás que en Egipto hay una momia en cada esquina, ¿verdad?

—Eso no, tita, pero ¿cuánto tiempo estuvieron allí? — preguntó Davicín.

—El Evangelio no lo dice, querido — respondió la tía —, mas, por ciertos datos históricos, algunos han deducido que permanecieron unos dos años en Egipto.

—¿Y qué hizo el rey Herodes cuando se enteró que los Magos se habían marchado sin decirle nada? — preguntó Miguelito.

—Pues, ya puedes figurártelo, querido — contestó la tía. Herodes creyó que los Magos se habían burlado de él, ya que, sin duda, estuvo esperándoles algunos días. Al ver que no venían, hizo indagaciones y se enteró de que se habían marchado a su país por otro camino, sin decirle nada.

—Estaría muy enfadado, ¿verdad, tita? — interrumpió Davicín.

—Decir que estaba enfadado es poco, querido — respondió la tía. Se enfureció de tal modo, que llamando a sus soldados les dio orden de matar a todos los niños de Belén y de los alrededores, desde la edad de dos años para abajo, según la fecha que cuidadosamente había averiguado de los Magos.

—¡Pobrecitos!, qué culpa tenían aquellos niñitos — exclamó con tristeza Evita.

—Ni ellos, ni nadie — prosiguió diciendo la tía. La única culpa de este incalificable crimen la tenía el perverso Herodes.

—Supongo, tita, que entre aquellos niños que mataron no estaba el niño Jesús — dijo Eunice.

—Claro que no, hijita — contestó la tía. Ya os he dicho que, posiblemente, el mismo día que se marcharon los Magos de Belén, también partieron José, María y el niño Jesús hacia Egipto.

» Dios no podía permitir que aquel niñito muriese asesinado, pues, como sabéis por el Evangelio, antes tenía que crecer y hacerse hombre, para enseñarnos la voluntad de Dios y el camino hacia el cielo — que no es otro que El mismo —, y al fin, morir en una cruz por nuestras culpas y pecados, logrando así eterna salvación para todos los que creen en El y le aceptan como su Salvador.

—¿Y qué ocurrió después que Herodes mató a aquellos niños inocentes? — preguntó Miguelito.

—Sucedió algo que tendría que servirnos de lección, querido — respondió la tía —, pues, aquel rey tan malvado contrajo una repugnante enfermedad muriendo atrozmente, como si Dios, por medio de este incidente, quisiera enseñarnos que el que hace lo malo y no se arrepiente será juzgado con severidad.

—Entonces, tita, José, María y el niño Jesús habrán podido volver a Palestina, ¿verdad? — preguntó Eunice.

—Así fue, hijita — continuó diciendo la tía. Una vez muerto Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto y le dijo:

"Levántate, toma al niño y a su madre y vuelve al país de Israel, porque los que procuraban la muerte del niño han fallecido."

—Me figuro lo contentos que estarían — dijo Davicín.

—No te lo figures, querido — respondió la tía —, pues, cuando se iban acercando al país de Israel, José se enteró de que Arquelao, un hijo muy malo de Herodes, reinaba en Judea en lugar de su padre. Temiendo por la vida del niño Jesús, y no sabiendo qué hacer, ni qué camino tomar, recibió un nuevo aviso en sueños, para que fuera a Nazaret, al mismo lugar en donde había vivido y se había casado.

» Obediente al aviso celestial, José tomó a su esposa y al niño Jesús dirigiéndose a Nazaret, donde fijó su residencia. Fue en aquella humilde aldea donde el niño Jesús vivió. Por esta razón, más tarde fue llamado Jesús de Nazaret.

X

INFANCIA DE JESUS

Como todo se termina en este mundo, también las vacaciones navideñas llegaban a su fin. Sin embargo, tita María, deseando que sus sobrinitos gozaran de ellas hasta el último minuto, había invitado a pasar el día con ellos a Eunice y David.

La novedad del paseo que les había prometido la tía, era que llevarían con ellos a Bolita. Aunque por el nombre alguien podría creer que Bolita era un balón de fútbol, no tenía nada que ver con eso; se trataba de una perrita muy mona que desde hacía poco tiempo tenían David y Eunice.

No es menester decir la ilusión con que Miguelito y Evita esperaban a sus primos. De pronto, llegaron hasta ellos algunas voces y un apagado ladrido.

—Ya están aquí, tita, ya están aquí — dijo Evita corriendo hacia la puerta de entrada.

En efecto, allí estaban los primitos con Bolita. La perrita retozaba alegremente entre las piernas de los niños, mostrando de este modo sus deseos de jugar.

Tita María no quiso hacer esperar más a los niños y, juntos, tomaron el camino del parque de la ciudad. Antes de salir, la tía metió en su bolso la máquina de fotografiar, pues tenía la intención de hacer algunas fotos a sus sobrinitos.

Con tantas carrerillas, saltos y brincos, pronto llegaron al lugar de esparcimiento, aunque la tía llegó un poco molida, pues no estaba acostumbrada a andar a marchas forzadas. Ya en el parque, dijo a sus sobrinitos:

—Espero, queridos, que no ocurrirá como el otro día. Olvidaros del mono y del lorito, y jugad todo lo que queráis con Bolita. Sobre todo, no os alejéis demasiado.

Dicho esto, la buena señora buscó un lugar tranquilo para descansar, dejando que sus sobrinitos corrieran y jugaran a su gusto.

Y por cierto que lo hicieron. La pobre perrita estaba casi mareada no sabiendo a quien atender, pues cada uno de los niños pretendía que le obedeciera a él. Lo que más complacía a los pequeños era ver saltar a Bolita, ya que, como era jovencita, en muchas ocasiones rodaba por los suelos como si fuera una pequeña pelota.

Mucho fue lo que los niños y la perrita se divirtieron, hasta que, de pronto, Bolita, de modo incomprensible, desapareció metiéndose en unos matorrales.

Los primitos, sin perder el tiempo, dieron la vuelta a aquellos arbustos, pero la perrita ya no estaba allí. No podían comprender cómo, en un instante, Bolita había desaparecido. De pronto, llegó hasta sus oídos un ladrido, que más bien parecía una queja.

Ninguno lo dudó. Era Bolita que estaba en peligro. Los niños se dirigieron apresuradamente hacia el lugar de donde procedía el ladrido, y vieron con horror cómo un enorme perro lobo tenía apresada entre sus patas a la perrita. A pesar de la actitud poco amistosa del perro lobo, los primitos echaron a correr hacia él.

El perro, viendo, sin duda, la decidida actitud de los niños, dejó su presa, escapando a todo correr por un sendero. David fue el primero en llegar al lugar donde estaba quejándose la perrita. Tomándola en sus brazos, exclamó:

—¡Pobrecita Bolita! ¿Qué perros más malos hay por el mundo, verdad?

Los otros niños se acercaron a Davicín, examinando cuidadosamente a Bolita, para ver si el perro lobo la había mordido en alguna parte. Todos suspiraron de alivio al comprobar que no tenía ni una sola herida.

—Buen susto habrá pasado la pobre — dijo Miguelito.

—Quién no lo hubiera pasado — agregó Eunice. Supongo que no te gustaría encontrarte entre las garras de aquel perrazo, ¿verdad?

Y así llegaron al lugar en donde se hallaba tita María. Cuando la buena señora vio que Davicín traía en sus brazos a Bolita, creyó que había ocurrido algo grave y dijo:

—Ya me figuraba yo que no íbamos a pasar la mañana tranquilos. ¿Qué le ha ocurrido a la pequeña Bolita?

—Nada, tita — respondió Davicín —, sólo que un perro lobo quería comérsela.

—No exageres, querido, no exageres — dijo la tía.

—Sí, tita, yo creo que aquel perrazo se quería comer a Bolita — añadió Evita.

—Bueno, veamos si tiene alguna herida — continuó diciendo la tía. Ya sabéis que en estos casos hay que mirar bien si la perrita ha sido mordida, pues nadie sabe si aquel perro lobo estaba rabioso.

La tía, después de examinar cuidadosamente a Bolita, se convenció de que no tenía ni el más pequeño rasguño. Luego, viendo que aquel incidente había quitado casi las ganas de jugar a sus sobrinitos, les dijo:

—Ahora que estamos todos juntos, vamos a aprovechar para hacer alguna fotografía, pues he traído la máquina conmigo.

Los niños se compusieron lo mejor que pudieron. Cuando tita María se disponía a hacer las fotos, se suscitó el problema de quién tendría la perrita en brazos. Como sus sobrinitos no se ponían de acuerdo, la buena tía tuvo que decidirse a hacer cuatro fotos en cada una de las cuales aparecía uno de ellos con Bolita en sus brazos.

Con todas estas cosas el tiempo había pasado rápidamente y ya era hora de regresar. Así, pues, la tía y sus sobrinitos emprendieron el camino hacia casa. Durante la comida todo fueron comentarios sobre los riesgos a que había estado expuesta Bolita, y acerca de la oportuna intervención de los niños en el momento más crítico.

Cuando terminaron de comer, tita María obligó a los niños a que se tomaran un tiempo de descanso, permitiendo que Eunice se retirase a la habitación de Evita y Davicín a la de Miguelito.

Lo de descansar, naturalmente, es un decir, pues ni los niños descansaban, ni tampoco lo hacían las niñas. Estas últimas, a la chitacallando, se habían puesto a jugar con las muñecas. Después de haber jugado un rato, Evita dijo a su primita:

—Mira, Eunice, tengo tantos deseos de ver las fotos que ha hecho la tía, que ya no puedo esperar más.

—Pero, creo que antes de verlas hay que hacer alguna cosa con ellas — respondió Eunice.

—Algo he oído yo también sobre eso — dijo Evita —, pero, te aseguro que si sólo pudiera verlas un momento, ya estaría contenta.

—No creas que es tan fácil — agregó Eunice. Hay que abrir la máquina de fotografiar y no sé qué más hay que hacer con el carrete.

—Yo no puedo aguardar más — dijo Evita con resolución —, voy a buscar la máquina y veremos lo que pasa.

La niña, sin hacer el menor ruido, se dirigió hacia el lugar donde sabía que su tía guardaba la máquina y, tomándola, volvió a su habitación en donde le esperaba impaciente Eunice.

Las dos primitas miraron y remiraron la máquina por todas partes. Evita aplicó un ojo al objetivo tratando de ver lo que había allí dentro. Todo fue en vano. Finalmente, empezó a tocar suavemente todos los botones y palancas que había en la máquina, hasta que, de pronto, al tocar un botón que había a un lado de la misma:

—¡Zas...!

Al mismo tiempo que se oyó aquel ruido, la tapa de atrás de la máquina se abrió automáticamente.

—Ahora podremos ver las fotos, Eunice — dijo muy quedo Evita.

—Pues yo no veo nada — respondió Eunice, observando la negra película.

La niña, ejerciendo una ligera presión sobre uno de los carretes en los cuales estaba enrollada la película, consiguió sacarlo de la máquina.

—Aquí tampoco hay nada — dijo Eunice.

—Quizá es una foto hecha de noche — agregó Evita, viendo que todo estaba oscuro.

Las dos niñas fueron desenrollando pacientemente toda la película, y pudieron comprobar con asombro que allí no aparecía ninguna foto. Ya iban a meter el carrete en su lugar, cuando, de repente, se abrió la puerta de la habitación. Era tita María.

—¡Con que descansando, eh! — exclamó la tía al ver los manejos de Evita.

—Perdona, tita — dijo Evita. Yo sólo quería ver las fotos que nos hiciste en el parque.

—Pues, como no las pintes, ya no las verás — respondió la tía, enfadada. ¿No sabías que al abrir la máquina se velan todas las fotos?

—Yo no sabía nada, tita — dijo Evita con cierto temor. Creí que podía ver las fotos en el interior de la máquina y luego volver a cerrarla.

—Pues ya te he dicho que por esa travesura tuya nos hemos quedado sin fotografías — prosiguió diciendo la tía. Y créeme que me sabe muy mal, porque deseaba tener una foto de vosotros cuatro.

Las exclamaciones y voces de la tía atrajeron a Miguelito y Davicín, los cuales, al saber lo ocurrido, empezaron a meterse con Evita, acusándola de aquel mal irreparable. Tita María, queriendo poner paz entre los niños y hacerles olvidar aquel percance, les mandó pasar al saloncito. Cuando los vio sentados y tranquilos, les dijo:

—Lo ocurrido a Evita, me hace pensar en un niño que siempre fue obediente, y a quien jamás se le ocurrió hacer esas trastadas que vosotros, a veces, hacéis.

—¿A que se trata del niño Jesús, tita? — preguntó Miguelito.

—En efecto, querido — prosiguió diciendo la tía. Hoy querría contaros algo del niño Jesús y de su vida en Nazaret, aunque por los Evangelios se sepa muy poco de sus años de infancia en aquel lugar de Galilea.

—Tita, ¿yo creía que el niño Jesús había vuelto a Belén? — dijo Davicín.

—Pues tienes muy mala memoria, hijito — respondió la tía. Tendrías que recordar que, después de volver de Egipto, José fue avisado por revelación en sueños para que se estableciese en Nazaret, en donde había estado viviendo antes del empadronamiento.

—Sí, ahora recuerdo, tita — dijo Davicín —, y también me acuerdo de que allí reinaba un hijo muy malo de Herodes, que se llamaba Arquelao.

—Me parece que ahora tienes un exceso de memoria — prosiguió diciendo la tía, sonriendo. Has de saber que no era Arquelao quien gobernaba en Galilea, sino un hermano suyo llamado Herodes Antipas, que fue muy astuto aunque débil de espíritu. Fue Antipas quien más tarde mandó degollar a Juan Bautista.

—¿Y qué hizo José en Nazaret, tita? — preguntó Eunice.

—Hizo lo que había hecho siempre, es decir, trabajar de carpintero —respondió la tía. Debéis tener en cuenta, sin embargo, que en aquellos tiempos, entre los judíos, el ejercer un oficio manual como el de José era algo digno del mayor respeto, pues hasta los rabinos más eruditos aconsejaban a todos que aprendiesen un oficio. Un ejemplo muy notable lo hallamos en el propio San Pablo, quien, antes de convertirse, había aprendido el oficio de hacer tiendas de campaña, y el cual ejerció aun siendo Apóstol.

—Entonces, tita, ¿también Jesús fue carpintero? — preguntó Evita.

—Sí, querida, lo fue, pero más tarde — dijo la tía —; no creerás que ya de chiquitín era carpintero, ¿verdad?

—Pues, yo he oído contar que ya desde pequeño era uno de los mejores carpinteros, y que, sin necesidad de instrumentos, acoplaba todo a la medida — interrumpió Miguelito.

—Esa y otras muchas leyendas más son tomadas de unos libros llamados Evangelios Apócrifos, los cuales no son verídicos — prosiguió diciendo la tía. En la Escritura Santa está escrito textualmente lo siguiente:

"El niño Jesús crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre El".

—¿Quieres decir que Jesús era como cualquier otro niño? — preguntó Evita.

—Sin duda, Jesús era un niño como los demás niños, excepto en una sola cosa — respondió la tía.

—Ya lo sé — intervino Davicín —, en que era más inteligente que todos.

—A mí me parece, en que era más fuerte que los demás — agregó Evita.

—Quizá los dos tengáis razón — prosiguió diciendo la tía —, pero la gran diferencia no estaba en su inteligencia o en su fuerza, sino más bien en su santidad, o para decirlo más claro, en que nunca hizo pecado ni de pensamiento ni de obra; desde antes de nacer, el niño Jesús fue santo y sin pecado.

—Pero, ¿tú crees que el niño Jesús también fue a la escuela, tita? — preguntó Miguelito.

—No hay razón para no creerlo, querido — respondió la tía. Hasta la edad de cinco años, el niño Jesús estaría en casa, junto a su madre y también junto a José, pues, es muy probable que el taller de carpintería estuviese en la misma casa que habitaban, o al lado de ella.

» El niño no se apartaría de su madre mientras ésta estuviese haciendo las tareas de casa, moliendo grano, o amasando pan. Sin embargo, a los tres años ya tendría una nueva ocupación, pues a esa edad los judíos piadosos como José y María empezaban a enseñar a sus hijitos algunos fragmentos de las Sagradas Escrituras, tales como versículos, bendiciones y cortos salmos.

—Pero, tita, ¿cómo podían enseñar esas cosas a un niñito si todavía no sabía leer? — preguntó Evita.

—Precisamente, al no saber leer, el niño aprendía todo eso de memoria — prosiguió diciendo la tía. Cuando el niñito crecía y alcanzaba la edad de cinco o seis años, le llevaban a la escuela, que en Nazaret sería el mismo edificio de la sinagoga. Allí, los niños aprendían a leer las Sagradas Escrituras, pues en ellas no sólo hallaban las verdades divinas, sino además la historia del pueblo de Israel.

—¿Y tú crees, tita, que al niño Jesús le gustaría ir a la escuela? — preguntó Davicín.

—Yo creo que sí, y que le gustaba mucho — continuó diciendo la tía. Has de saber que a medida que Jesús iba leyendo las Escrituras Santas, descubría todo lo que en ellas estaba escrito de El, que era el Mesías, y su corazón se llenaría de gozo viendo cómo se iban cumpliendo las antiguas profecías.

—Yo he oído decir que el niño Jesús sabía todas las cosas sin aprenderlas e incluso confundía a sus maestros — interrumpió Miguelito.

—Eso, querido, son historias que se cuentan en los Evangelios Apócrifos, los cuales ya os he dicho que no tienen ningún fundamento — dijo la tía. Además de gustarle ir a la escuela, al niño Jesús también le gustaba mucho ir a otro lugar.

—Ya lo sé, tita, a la iglesia — interrumpió prontamente Eunice.

—Eso es, a la iglesia, o mejor dicho, a la sinagoga — prosiguió diciendo la tía. Todos los sábados, José, María y el niño Jesús iban a la sinagoga para asistir al culto y cantar alabanzas a Dios. José y el niño se sentaban juntos en un lugar, y María en otro sitio que estaba reservado para las mujeres.

—Dinos, tita, ¿fue en esa sinagoga donde perdieron al niño Jesús? — preguntó Davicín.

—No, hijito, no fue allí, sino en el templo de Jerusalén — respondió la tía —, pero ahora no os puedo contar esa historia porque todavía tengo muchas cosas que hacer.

XI

JESUS EN EL TEMPLO

Por fin había llegado el día en que empezaba la escuela. Tita María estaba contenta pensando en lo bien que habían sentado aquellas vacaciones navideñas a sus sobrinitos. Por otra parte, ya tenía ganas de que los niños estuvieran ocupados en algo, pues era bastante incómodo tenerlos todo el santo día en casa.

Con objeto de preparar todas las cosas, la tía se había levantado antes de lo acostumbrado. Un completo silencio reinaba en la casa. De pronto, se oyó un pequeño ruido, como si una puerta se abriese. Tira María miró hacia el lugar de donde provenía el ruido y vio a Evita.

—Pero, chiquilla, ¿qué haces aquí tan temprano? — preguntó la tía.

—Es tanta la ilusión que tengo por ir a la escuela, tita, que se me ha quitado completamente el sueño — respondió la niña.

—Pues haces mal en levantarte tan temprano, querida — dijo la tía. Luego te sentirás cansada.

—¡Que va! — exclamó la niña. Ya sabes que en la escuela nunca me canso. Además, la maestra nos dijo que hoy podíamos llevar a clase los regalitos que hayamos recibido.

—Sí que trabajaréis — prosiguió diciendo la tía —, para eso más valdría que os quedaseis en casa.

—Lo de los regalitos es sólo para esta mañana — dijo la niña. Mira, yo pienso llevarme la maquinita de coser que me regalaste, y además los vestiditos para las muñecas que hicimos Eunice y yo. Verás la envidia que tendrán muchas niñas de mi clase.

Al oír estas palabras, tita María comprendió que el motivo de la alegría e ilusión de la niña no era muy sano. Después de unos momentos de reflexión, le dijo:

—Creo, querida, que no haces bien recreándote en la idea de que tus compañeras de clase tendrán envidia de tu regalito. Eso muestra que tus sentimientos hacia ellas no son buenos.

—Pues, lo que te he dicho es verdad, tita — respondió la niña. Cada vez que llevo alguna cosa nueva, o algún regalito, me he dado cuenta de que las niñas me tenían celos o envidia.

—Ahora lo empiezo a creer, hijita — prosiguió diciendo la tía. Pero eso es culpa tuya más bien que de ellas. Estoy segura que la manera de enseñárselo, o de lucirte con tus nuevas prendas, les incita a ese mal querer hacia ti.

Evita no respondió. Parecía que la niña estaba reflexionando y pasando en revista algunas de las ocasiones en que sus compañeras se mostraron poco amables con ella. Al cabo de unos momentos, la niña, en un tono en que se advertía la sinceridad, dijo:

—Tienes razón, tita. Confieso que la mayoría de las veces en que mis compañeras han mostrado envidia o celos, ha sido por mi culpa. En mi clase hay muchas niñas pobres, y yo, en vez de ser sencilla y afectuosa con ellas, me he mostrado altiva y, a veces, hasta un poco tonta.

—Pues, hijita, debes orar al Señor para que te ayude a no ser así, pues de este modo haces daño a los demás, y tú misma no eres feliz — respondió la tía.

Apenas había terminado tita María sus últimas palabras, cuando apareció Miguelito, todavía medio dormido, pues durante las vacaciones se había acostumbrado a levantarse tarde.

—A ver si te espabilas de una vez, querido — dijo la tía. No quisiera que por ser el primer día de clase llegaseis tarde a la escuela.

Los dos hermanitos prepararon todas sus cosas y, después de desayunar, salieron contentos hacia la escuela. Tita María, que durante aquellos días se había acostumbrado a la presencia de los niños, halló la mañana muy larga.

Cuando los niños volvieron de la escuela, contaron a su tía infinidad de cosas de aquel primer día de clase. Evita, particularmente, le explicó lo bien que lo habían pasado enseñándose los regalos.

—Espero, querida, que esta vez te habrás portado bien con tus compañeras, ¿verdad? — dijo la tía a Evita.

—Sí, tita, me acordé de lo que me dijiste esta mañana, y he procurado ser amable con todas — respondió la niña. Hasta me ha parecido que ninguna de mis compañeras tenía celos o envidia de mí.

—Ya te lo decía yo, hijita — prosiguió diciendo la tía. Los demás son muy sensibles al modo que los tratamos y, si te conduces con ellos amablemente, te pagan con la misma moneda.

La tarde pasó apaciblemente. Cuando los dos hermanitos salieron de la escuela, tomaron, como siempre, el camino de su casa, pero, no habían andado mucho, cuando vieron un grupo de personas en una esquina de la calle. Evita,

con su acostumbrada curiosidad, al ver tanta gente reunida, dijo a su hermano:

—Me gustaría ver lo que pasa allí.

—Pronto empiezas a complicarme la vida — respondió Miguelito. ¿No te acuerdas que la tía no quiere que lleguemos tarde a casa?

—No llegaremos tarde, te lo aseguro — dijo la niña. Sólo quisiera ver lo que ocurre y, luego, nos vamos corriendo a casa.

Miguelito sabía que era inútil discutir, pues su hermanita siempre se salía con la suya. Así que,pensó que lo mejor sería ir cuanto antes a ver lo que allí ocurría, y luego marcharse deprisa a casa.

Cuando llegaron al grupo, a duras penas consiguieron saber de qué se trataba, pues, como eran pequeños de estatura, no podían ver lo que ocurría. Sólo se enteraron de que era un niño que se había perdido.

—Ahora, vámonos Evita — dijo Miguelito. Ya ves que no es cosa de importancia.

—Eso te parecerá a ti, Miguelito — respondió la niña. Yo creo que es algo muy importante, especialmente saber de quién se trata. Quizá es algún amiguito.

Al terminar de decir estas palabras a su hermano, Evita, con una decisión impropia de su edad, se metió entre la gente mayor que componía el grupo, abriéndose paso hasta lograr llegar adonde estaba el niño perdido. Cuál no sería su sorpresa, cuando vio que se trataba de Pepito, un pequeño vecino que tenía unos ocho años. Viendo al niño llorar, le dijo:

—¿Qué te ha pasado, Pepito?

—Me he perdido... iba con mis papás, y... me he perdido — respondió el niño sollozando.

—No llores, Pepito, no llores — dijo la niña tratando de consolar a su pequeño vecino.

Entretanto, Miguelito se desesperaba fuera del grupo, viendo cómo Evita no salía de allí. Felizmente, pronto aparecieron los papás de Pepito, quienes, dándose cuenta de la desaparición de su hijito, le estaban buscando ansiosamente.

Ya de nuevo en camino, Miguelito dijo a su hermana:

—Me parece, Evita, que si no nos damos prisa hoy tendremos el primer sermón de la temporada.

Los dos hermanitos se apresuraron, pero, a pesar de sus esfuerzos, cuando llegaron a casa ya hallaron a tita María esperándoles, y con una cara que no auguraba nada bueno. Antes de que la tía abriera la boca, Evita le dijo:

—¿Sabes que hemos encontrado a Pepito que se había perdido?

—¿Quieres decir nuestro pequeño vecino? — preguntó la tía.

—Sí, tita, sí, el mismo — respondió Evita.

—¿Y qué habéis hecho con él? —dijo la tía.

—No hemos hecho nada, porque vinieron sus papás a buscarle — contestó Evita.

—Ahora comprendo porqué habéis tardado más que de costumbre — dijo la tía. Ya estaba un poco preocupada por vosotros, pero, si ha sido por esa razón, no quiero reñiros, aunque ya sabéis que no me gusta que lleguéis tarde de la escuela.

—Tita, ya sabes que te hemos prometido venir directamente a casa, sin entretenernos — dijo Miguelito.

—Bueno, ahora a merendar que bien lo merecéis — prosiguió diciendo la tía. Luego ya me contaréis lo que ha ocurrido.

Los dos hermanitos, dándose cuenta que se habían librado de una buena reprimenda, gustaron a placer de su

merienda. Poco después, tita María se juntó a ellos y les dijo:

—Contadme..., contadme lo que le ocurrió al pequeño Pepito.

—Pues, verás, tita — empezó diciendo Evita. Veníamos tranquilamente hacia casa, cuando, de pronto, vimos un grupo de gente. Nos acercamos a él, y yo, sin miedo a nada ni nadie, me metí entre la gente hasta que pude llegar donde estaba Pepito. Allí me quedé consolándole, hasta que llegaron sus papás.

—Desde luego, ya se ve que no tienes abuela, querida, pues tal como lo cuentas, se diría que eres la heroína de un drama — dijo la tía.

—Pues puedes tener la seguridad de que ocurrió así, tita — agregó Miguelito.

Tita María calló unos instantes, pensando que aquel era un buen momento para terminar la historia que les había estado contando. Viendo que sus sobrinitos estaban atentos, empezó diciéndoles:

—Lo sucedido a Pepito me ha recordado algo que le ocurrió al niño Jesús en Jerusalén.

—Ya lo sé, tita — interrumpió Miguelito. Que el niño Jesús se perdió en el templo.

—Esa es una forma de hablar, querido — continuó diciendo la tía. Porque has de saber que el niño Jesús no se perdió en el templo, ni en ningún otro lugar.

—Entonces, tita, la historia que se cuenta en el Evangelio, ¿no es verdad? — preguntó Evita.

—La historia evangélica es cierta, pero allí no dice que Jesús se perdió — respondió la tía. El Evangelio dice simplemente que el niño Jesús "*se quedó*" en aquel sagrado recinto, pero nada hace suponer que él se perdió. Una cosa es

quedarse en un lugar, sabiendo bien lo que se hace, y otra es perderse sin saber cómo.

—Pero, tita, todavía no nos has dicho por qué Jesús estaba en Jerusalén — dijo Evita.

—Si no me interrumpís, os voy a contar toda la historia — contestó tita María. Recordaréis que, después que volvieron de Egipto, José, María y el niño Jesús se establecieron de nuevo en Nazaret; pues bien, los años fueron pasando lentamente, sin que, al parecer, nada de particular sucediera. Cuando el niño Jesús había cumplido doce años, José y María le llevaron a Jerusalén para celebrar con ellos la fiesta de la Pascua.

» No os podéis imaginar la alegría del niño Jesús al ponerse en camino hacia Jerusalén. A medida que avanzaban hacia la capital, otros muchos peregrinos se unían a la comitiva, y así, entre piadosos coloquios y el canto de los salmos graduales, se iban acercando a la ciudad del gran Rey.

—Si todos iban a Jerusalén, ¿se reuniría mucha gente allí, verdad? — interrumpió Miguelito.

—Muchísima, querido — prosiguió diciendo la tía. Aunque Jerusalén era una ciudad relativamente pequeña, muchos historiadores afirman que en esos días de fiesta se reunían allí más de dos millones de personas.

—Ahora comprendo porqué el niño Jesús se perdió — dijo Evita.

—Ya te he dicho, hijita, que Jesús no se perdió, sino que se quedó por propia iniciativa en el templo — respondió la tía —, pero no adelantemos los acontecimientos y dejadme que os cuente lo que ocurrió.

» Cuando llegaron a Jerusalén, se dirigieron al templo para asistir a los ritos pascuales. José y el niño Jesús fueron al lugar principal, el reservado a los hombres, y María fue a ocupar un lugar en el atrio de las mujeres.

—No me extraña que si José estaba en un lado y María en otro, al fin, el niño Jesús se perdiera — interrumpió Miguelito.

—No sé cómo deciros que Jesús no se perdió — prosiguió diciendo la tía. Sin embargo, algo raro ocurrió, y quizá lo que acaba de decir Miguelito influyera en lo que sucedió después. Porque, me había olvidado deciros que, en muchas ocasiones, cuando viajaban en peregrinación, se juntaban los parientes o amigos de la misma aldea, e incluso algunos creen que los hombres y mujeres tal vez viajaran separados.

» El caso fue que, después de haber cumplido sus obligaciones religiosas, José y María emprendieron el viaje de regreso, junto con los habitantes de Nazaret. Aunque ninguno de los dos había visto al niño Jesús, no se preocupaban demasiado de él, suponiendo que estaría entre los compañeros de viaje, o junto a los parientes.

—Eso sí que no lo comprendo, tita, ¿tú no crees que José y María estaban demasiado tranquilos? — interrumpió Evita.

—Pues creo que lo estaban, precisamente porque conocían muy bien al niño Jesús y sabían que, a pesar de su edad, era un niño muy obediente y lleno de sensatez — continuó diciendo la tía. Además, la libertad de que Jesús gozaba, muestra la completa confianza que José y María tenían en él.

—¿Y cuándo se dieron cuenta de que no estaba en la comitiva? — preguntó Miguelito.

—No se dice claramente en el Evangelio, pero lo más probable es que fuera al fin de la jornada, cuando todos se reunían para comer y dormir — dijo la tía.

—¡Huy, qué susto se llevarían José y María! — exclamó Evita.

—Puedes figurártelo, querida — respondió la tía. Buscaron al niño por todas partes mas todo fue en vano, pues Jesús no estaba allí. Sin pérdida de tiempo, decidieron volver a Jerusalén. Allí preguntaron por el niño pero también sin resultado, pues Jesús era sin duda un niño como los demás niños judíos de su edad.

» Empezaban ya a desesperar, cuando, al tercer día, se les ocurrió ir al templo. Mientras José penetraba en el lugar reservado a los hombres, María iría por otros lugares buscando a su vez. Cuando se reunieron de nuevo, la más grande ansiedad y tristeza se reflejaba en sus rostros. Pero, de pronto, al pasar cerca de una de las salas que había en aquellos inmensos atrios, oyeron las voces de los doctores de la ley que estaban allí enseñando. Se acercaron para mirar en aquel lugar y, cuál no sería su asombro al ver allí al pequeño Jesús sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas.

—¿Tan listo era el niño Jesús, tita? — interrumpió Miguelito.

—No hay duda de que lo era, querido — prosiguió diciendo la tía —, pues dice el Evangelio que *"todos los que le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas"*.

—¿Y qué pasó, tita, qué pasó? — preguntó Evita con curiosidad.

—Puedes figurártelo, hijita — respondió la tía. Tan pronto estuvieron fuera de aquel lugar, María dijo a su hijito:

"¿Por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo te hemos buscado con angustia."

» La respuesta del niño Jesús desconcertó a José y María. Dice el Evangelio que ni siquiera le comprendieron.

—¿Tan raro es lo que les dijo? — interrumpió Miguelito.

—Raro, no — prosiguió diciendo la tía —, pero, parece que José y María no se daban perfecta cuenta de que el niño Jesús se estaba haciendo un hombre, y que toda su ilusión y deseo era ocuparse de las cosas de su Padre celestial para cumplir su voluntad, una voluntad que, como sabéis, le condujo hasta la cumbre del monte Calvario en donde dio su vida en expiación por todos nuestros pecados, a fin de que todo aquel que se arrepiente y cree en El, reciba el perdón y la salvación eterna de su alma.

DEL MISMO AUTOR

SANCHO PANZA Y EL ALMA ESPAÑOLA
— Charlas radiofónicas sobre la filosofía cervantina a la luz de las Santas Escrituras.

CONVERSIONES
— La conversión de singulares personajes bíblicos.

PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA
— Las conversiones de algunos Padres de la Iglesia relatadas por ellos mismos.

SAN AGUSTÍN
— Biografía del insigne Padre de la Iglesia.

FRAY LUIS DE LEÓN
— Biografía del intérprete del Cantar de los Cantares.

EL INFIERNO DANTESCO
— Charlas radiofónicas sobre "La Divina Comedia".

LA IGLESIA CATÓLICA
— Un estudio de los fundamentos católicos a la luz de la Biblia y la Historia.

TITA MARÍA Y SUS SOBRINITOS
— Una serie de historias bíblicas escritas para niños.

¡VACACIONES!
— Nueva serie de historias bíblicas escritas para niños.

NO HAY OTRO NOMBRE...
— Charlas radiofónicas sobre los distintos nombres con los cuales Cristo es nombrado en las Sagradas Escrituras.

TWR